

Selección

TERROR

CLARK CARRADOS

AL FINAL DE LA NOCHE...


SELECCION
TERROR

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCIÓN

249 — La noche del Diablo, *Burton Hare*.
250 — La roja sed del vampiro, *Curtis Garland*.
251 — «Shock», *Clark Carrados*.
252 — Las brujas de Comftock, *Burton Hare*.
253 — Cuando salga del ataúd, *Curtis Garland*.

CLARK CARRADOS

AL FINAL DE LA NOCHE

Colección SELECCIÓN TERROR n.º 254
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84-02-02506-4
Depósito legal: B. 46.870 - 1977
Impreso en España - *Printed in Spain*.

1ª edición: enero, 1978

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1978

CAPITULO PRIMERO

El hombre y la mujer estaban estrechamente abrazados, besándose con verdadera furia. Las manos del hombre recorrían codiciosamente el esbelto cuerpo femenino, sobre el que cada vez quedaban menos prendas de ropa. Ella, a su vez, devolvía los besos con ansia voraz, consciente del poder de atracción sensual de su cuerpo, pero, al mismo tiempo, envuelta en las ardientes oleadas de la pasión. Casi de pronto, ella y él rodaron sobre el lecho, cuyos muelles crujieron al doble golpe.

Pero, de repente, la escena cambió.

Ella abrió los ojos desmesuradamente y un grito de tenor brotó de sus labios. El hombre se apartó a un lado, justo para ver a un individuo que caía sobre él, enarbolando una pesada hacha.

El filo del acero cayó sobre una frente, hendiéndola profundamente. La sangre y los sesos saltaron en repugnantes chorros El amante se desplomó a los pies de la cama.

La mujer, aterrorizada, chillaba demencialmente. Preso de una furia inextinguible, el recién llegado se arrojó sobre ella y empezó a golpearla con el hacha. Los chillidos alcanzaron un volumen intolerable. El hacha casi seccionó un hermoso seno. Luego hendió tres costillas y un vientre cálido y acogedor. El golpe final seccionó la yugular escondida bajo un cuello de cisne. Los desnudos pies de la mujer batieron el aire unos instantes y luego se relajaron lentamente.

El asesino, cubierto de sangre, miró extraviado a su alrededor. La habitación parecía un matadero.

De pronto, empezó a recobrar la calma. Todavía podía marcharse. Nadie le había visto llegar. En el automóvil tenía ropas limpias. Se cambiaría lejos de la casa y quemaría las que llevaba, manchadas de rojo. Un día, cuando todo se hubiese calmado, volvería de nuevo por aquel lugar y...

Reconoció que se había precipitado, enloquecido por los celos, pero ya era tarde para hacerse reproches. Debía haber llegado con normalidad, haciendo algo de ruido. Así habría alertado a los amantes que le engañaban... y habría conseguido lo que ahora podía considerar perdido.

Volvería, se dijo.

De pronto, oyó el ruido de una puerta que se cerraba no lejos del sangriento dormitorio. Entonces, se percató de que la puerta de comunicación con el dormitorio contiguo estaba entreabierta.

Alguien había presenciado la escena. Había un testigo de su doble crimen. Jared Robertson pensó que era preciso eliminar al testigo, fuese quien fuese y a cualquier precio. Si le atrapaban, podía despedirse de...

Abrió la puerta contigua y salió, dejando pisadas rojas en el suelo. Cruzó el otro dormitorio. Alguien llegaba en aquel momento a la planta baja.

—¡La niña! —exclamó.

Tenía pocos años, pero, precisamente, por lo mismo, repetiría con toda fidelidad lo que había visto. Robertson había odiado siempre a aquella chiquilla seria, reconcentrada, lacónica, que se pasaba las horas muertas contemplando una flor o jugando casi silenciosamente con sus muñecas...

Siempre se lo había dicho a la muerta.

—Es un estorbo, mándala a un orfanato. Se pasa el día espiando detrás de las puertas...

La muerta se había negado siempre, bajo el pretexto de que era el único pariente vivo que le quedaba a la niña.

—No estorba, es muy buena y muy callada y obedece siempre... Déjala que viva con nosotros...

Ahora, Robertson se arrepentía de no haberse mostrado más duro con la mujer muerta. Si hubiese actuado con energía, la niña no habría sido testigo del crimen.

Pero aún estaba a tiempo. Era joven y fuerte y podía correr más que una chiquilla fugitiva. Bajó la escalera a saltos, llegó a la puerta y se precipito al exterior.

Sí allí, a lo lejos, entre los árboles, había una mancha blanca que se movía fugazmente. Robertson echo a correr sin darse cuenta de que todavía empuñaba el hacha mortífera. Unos segundos más tarde, se dijo que era una fortuna disponer de un arma, con la que, de un solo golpe, eliminaría al único testigo del doble crimen.

Una vez, la niña se volvió y diviso al hombre que corría enloquecidamente tras ella. El miedo más horrible se había posesionado de su ánimo. Constantemente tenía ante sus ojos la espantosa escena desarrollada en el dormitorio de su tía. El hacha subiendo y bajando v provocando rojos surtidores a cada golpe...

De súbito, uno de sus piececitos se enredo en una raíz y cayó de bruces al suelo. El golpe la aturdió momentáneamente.

Cuando quiso levantarse, el asesino estaba ya sobre ella La niña sintió que la agarraban de los cabellos y la hacían ponerse parcialmente erguida. El hacha, todavía ensangrentada, volvió a levantarse.

Entonces, sonó una voz imperativa.

La niña vio un enorme fogonazo y oyó un espantoso trueno, seguido de un alarido de dolor. El hacha cayo inofensivamente a un lado y...

* * *

Empapada de sudor, se sentó en la cama, con los ojos extraviados y el corazón terriblemente acelerado. La pesadilla había sido demasiado vivida y, por un momento, se había creído a punto de morir.

Una puerta se abrió bruscamente y un chorro de luz entró en el dormitorio.

La joven volvió sus ojos hacia la entrada. Una mano buscó el interruptor y el dormitorio se inundo de luz.

Emma Gratton cruzó la estancia y se sentó en la cama.

—Sally, te he oído gritar espantosamente... ¿Has vuelto a tener esa horrible pesadilla?

—Sí —contestó Sally Vaughan—, El hombre que mataba a los amantes a hachazos y luego me perseguía...

—Querida, tienes que pensar en lo que te dijo el doctor Philip Crandall. No tienes razón alguna para soñar algo que no ha sucedido. En este mundo se cometen muchos crímenes, pero tú no has visto ninguno de esa clase. Tal vez, hace tiempo, leíste una novela policíaca y algún párrafo de la misma se insertó con demasiada profundidad en tu mente..

—No, no, yo presencié aquel crimen estoy segura. El asesino me perseguía y quería matarme —jadeó Sally.

—Vamos, vamos, tranquilízate. —Emma sonrió, a la vez que se ponía en pie—. Voy a prepararte una taza de té, que tornarás con un sedante. Mañana, ya lo verás, estarás como nueva. Y luego irás a visitar al doctor Crandall. ¿De acuerdo?

—Emma... —Sally alzó una mano—. Hay algo que quería decirte...

—¿Sí?

—Tengo la impresión de que lo que he visto en esa pesadilla es algo real, fue, mejor dicho. Pero ¿te das cuenta de que el sueño ha empezado a producirse solo desde hace unos meses? Hasta ahora, siempre había sido una chica normal, me parece.

—Normalísima, salvo un detalle —rió Emma—. Rechazas a todos tus pretendientes y algunos valían la pena en todos los sentidos. Podías haber hecho una boda fantástica con Pete Mac Davis o con Ralph Enders o... Pero no, los has rechazado a todos y eso, en una muchacha de tu clase, con tu cara y tu tipo, no está bien.

Sally hizo un gesto con la cabeza.

—El matrimonio no me atrae por ahora —contesto. Alzó una rodilla, puso en ella el codo y apoyó el mentón en la mano—. Ese sueño... Hay un caserón grande, con un vasto salón, unos cuadros, una chimenea... y un bonito parque alrededor, con terrazas y balaustradas y surtidores y estatuas...

—Una mansión así me gustaría tener a mí —dijo

Emma de buen humor—. Bien, no pienses más en el asunto. Voy a hacer el té.

—Emma, eres una buena amiga, te lo digo de verdad.

—Si me consideras así, haz caso de mi consejo y visita al doctor Crandall.

—Me hubiera gustado más ver al doctor Lowell.

— Pero murió y eso ya no tiene remedio.

—Atropellado por un coche, cuyo conductor se dio a la fuga y que no ha podido ser hallado. Emma, ¿te das cuenta...?

Pero la otra muchacha había salido ya del dormitorio y Sally tuvo que callarse. Lentamente, se echó hacia atrás en la cama. ¿Por qué, desde hacía unos pocos meses, no más de tres, tenía aquel sueño tan horrible? ¿De dónde

había sacado aquellas espeluznantes imágenes que la despertaban con frecuencia a medianoche, empapada de sudor y con el pulso terriblemente alterado?

Eran unas imágenes que le parecían absolutamente reales y, sin embargo, ella no había presenciado jamás una escena semejante.

Ni tampoco había estado en la hermosa mansión, con terrazas, parque y surtidores y bellos cuadros en su decoración.

* * *

El coche se detuvo no lejos de la tapia que circundaba la posesión y cuya altura no era tanta que no permitiese ver parcialmente la casa situada en el centro del parque.

—Ahí está —dijo Peter Forbes padre, dirigiéndose a Johnny Forbes hijo.

—La casa de los hachazos, ¿no?

Peter Forbes había parado el motor y sacó su pipa. Cachazudamente, empezó a cargarla.

—En un principio, se creyó en la posibilidad de un crimen pasional. Robertson había sorprendido a la pareja en una situación muy embarazosa para los amantes... claro que, en realidad, no tenía derecho a portarse ni siquiera como un esposo ofendido, aunque no hubiesen hecho nada. Se hacían pasar por esposos, pero no lo eran. Nancy Braigh era su amante.

—¿Y el muerto?

—Amigo de los dos, teóricamente, pero ya había conquistado a Nancy. Sin embargo, y aunque los celos quizá tuvieran buena parte en el crimen, no fue éste el único motivo.

—Los diamantes —dijo Forbes hijo.

Forbes padre hizo un gesto de aquiescencia.

—Es un caso todavía no solucionado y que, de cuando en cuando, me da dolores de cabeza. Doscientas mil libras en diamantes, que parecen haberse convertido en humo. Han pasado dieciocho años y no hemos sido capaces de encontrarlos.

—Pero, según creo, la casa fue registrada a conciencia...

—Sólo nos faltó demolerla, hijo. Hay quien piensa, sin embargo, que los diamantes no llegaron nunca a Padderton Hall. Tal vez Larry Owens, el amante asesinado, se los entregó a un cómplice y éste, al enterarse del suceso, optó por callar.

—Y quizá fue vendiendo luego los diamantes uno por uno y con largos intervalos, para no despertar sospechas.

—Es posible. De todos modos, yo siempre he pensado que los diamantes llegaron a Padderton Hall y que no salieron de la casa. Aún están ahí, muchacho.

—Bueno, han pasado ya dieciocho años, papá. El asesino fue detenido y...

—Y salió hace tres meses, perdonado el resto de la condena por buena

conducta. Le hemos vigilado atentamente, pero no ha hecho el menor gesto por acercarse a este lugar. Hasta ahora, su comportamiento ha sido absolutamente correcto. No, no tenemos ya nada en contra de Jared Robertson —reconoció Peter Forbes, inspector jefe de Scotland Yard.

—A Robertson le condenaron porque hubo un testigo de su crimen.

—Sí, la sobrina de la muerta. Robertson intentó matarla también, pero tuvo la mala fortuna de toparse con un cazador, el cual le disparó un tiro que lo hirió, aunque no de gravedad. La niña se salvó, pero sufrió un terrible shock del que le costó mucho salir, como es de suponer. Después, y como no tenía parientes, fue enviada a un orfanato... y ya no sé más de ella.

—¿Pertenecía Padderton Hall a Nancy Braigh?

—Creo que sí. Desde luego, la propiedad ha estado cerrada todos estos años. No obstante, ha habido alguien que se cuidaba de ella..., pero si quieres saber más detalles, tendrás que averiguarlo en Westbury Village, que está sólo a milla y media de la propiedad.

—¿Por qué he de preocuparme de averiguar más detalles de Padderton Hall? —se extrañó el joven.

—Porque, a partir de este momento, sargento Forbes, queda usted oficialmente encargado del caso —decretó solemnemente el inspector jefe Forbes.

CAPITULO II

—Repito que no tiene usted motivo para sentir temores —dijo el doctor Crandall con acento benevolente, a la vez que daba una afectuosa palmadita en la redonda rodilla de su paciente—. Todo eso son fantasías, derivadas de una lectura con demasiada morbosidad, créame, señorita Vaughan,

Sally se mordió los labios.

—Doctor, es que... hay momentos en que creo haber vivido realmente ese horrible sueño...

—Vamos, vamos, no haga caso de tales fantasías. Pronto se le pasará, se lo aseguro — Crandall entrego un pápela la muchacha—. Aquí tiene la receta de un sedante muy suave del que debe inserir una tableta cada noche al acostarse. No abuse de lecturas con escenas violentas, lea mejor cosas de humor y si ve la televisión, deje pasar un buen rato antes de apagar la luz.

La mano de Crandall rozó de nuevo la atractiva rodilla de la paciente.

—Ahora bien, si ello persiste... yo le propondría unas cuantas sesiones de hipnotismo, que alejarían esas imágenes de su mente...

—No será necesario. Gracias, doctor.

Sally se puso en pie. Crandall, en lugar de tranquilizarla, le hacía sentirse nerviosa. Los saltones ojos del psiquiatra parecían desnudarla cada vez que acudía a una de las sesiones del tratamiento. Eran unos ojos redondos, lujuriosos, repulsivos... Sally tenía la seguridad de que, si se dejaba hipnotizar, como había hecho el difunto doctor Lowell, Crandall la desnudaría realmente y luego abusaría de ella.

—Doctor, creo que un viaje me sentaría bien —propuso.

—Excelente idea, pero venga a visitarme a la vuelta —respondió el psiquiatra—. No quisiera que un día pudieran decir de mí que no he sabido curar a una paciente que mi trágicamente fallecido colega doctor Lowell sabía atender con tanta pericia.

—Volveré, doctor —dijo Sally.

Pero sabía que había dicho una mentira. Crandall podía ser bueno y, sin embargo, sólo sentía repulsión hacia él. Cada vez que se acordaba de Lowell, tan persuasivo, tan bondadoso...

Pero el doctor Lowell yacía bajo seis palmos de tierra desde tres meses antes. Ya no podía contar con sus valiosos consejos. Era preciso atenerse a la dura realidad.

Mientras salía por una de las puertas, el doctor Crandall uso el interfono para llamar a su enfermera ayudante:

—Señorita O'Brian, que pase el siguiente paciente.

—No hay más que uno, doctor.

—Bien, entonces, hágale pasar. Usted puede retirarse ya.

—Sí, doctor.

La puerta de la derecha se abrió instantes más tarde. Un hombre de

mediana edad, algo encorvado de hombros, con el pelo casi blanco, apareció ante los ojos del psiquiatra.

—¿Doctor Crandall?

—Entre, amigo mío, entre —contestó el galeno con acento persuasivo—. Siéntese cómodamente y expóngame con claridad su problema, sin rodeos, sin temores de ninguna clase... Recuerde que un médico, y más todavía, un psiquiatra, es como un confesor: no revela jamás lo que oye de sus pacientes. Por tanto, tranquilícese, señor...

—Spencer, Thomas Spencer.

—Ah, sí —Crandall leyó la ficha que la enfermera le había suministrado momentos antes—. Thomas Spencer, de profesión abogado... —Lanzó una risita—. Otro confesor, aunque usted actúa en asuntos muy distintos de los míos. Bien, cuénteme su problema, amigo Spencer.

—Mi problema es la chica que acaba de salir de aquí, doctor. Crandall parpadeó.

—No le entiendo —contestó fríamente.

—Usted me ha pedido claridad y voy a seguir su consejo. Quiero que me diga con todo detalle cuanto le haya podido confiar esa muchacha.

—Señor Spencer, hace unos instantes, le he hablado algo relativo a un confesor... Usted mismo lo es, respecto de los clientes que tienen problemas legales, de modo que no me pida algo que no le puedo conceder.

Hubo un instante de silencio. Luego, el visitante reparo en la libreta de notas que había sobre la mesa.

-Se lo ruego, doctor —dijo al cabo.

—No. Y váyase o llamaré a la policía...

Crandall se interrumpió de pronto. Spencer tenía en la mano un revólver.

—¡Por favor!

El arma disparó una sola vez. La bala hizo un agujerito rojo en la blanca camisa del psiquiatra. Crandall saltó un poco y luego se derrumbó sobre el asiento. Todavía se movieron sus piernas, pero, al final, llegó la inevitable quietud de la muerte.

El asesino guardó el revólver. Era un arma de pequeño calibre, mortífera, sin embargo, a corta distancia. El disparo no había hecho demasiado ruido.

Tampoco salía mucha sangre de la herida. No, esta vez no había tanta sangre.

* * *

El inspector jefe Forbes contempló con ojo crítico el revuelto despacho del psiquiatra, cuyo cadáver había salido ya en dirección a la Morgue. Los policías examinaban todo, en busca de pistas sobre el autor del crimen.

La enfermera había descubierto el crimen al día siguiente, por la mañana. Ginny O'Brian aún se sentía horrorizada por lo que había visto.

Forbes la había interrogado a fondo, sin que pudiera sacar nada en limpio.

La enfermera no podía darle ninguna pista sobre el asesino. Crandall no tenía enemigos, al menos con el odio suficiente para considerar a uno de ellos como homicida.

—Jefe —dijo de pronto uno de los policías—, aquí está el fichero del doctor Crandall.

Creo que convendría que la ayudante le echase un vistazo.

—¿Señorita O'Brian?

Ginny adelantó un paso. De pronto, reparo en un detalle.

—El asesino se ha llevado la libreta de notas del doctor —exclamó.

—¿Está segura?—preguntó Forbes.

—Segurísima. Se la vi cuando introduje a la última de sus pacientes, me refiero a paciente femenino, porque después atendió a un hombre... Claro que yo ya me había marchado cuando el señor Spencer entro en el despacho.

—Revise el fichero, por favor.

Ginny asintió. A los pocos minutos, se volvió hacia el inspector.

—Faltan dos fichas —informó—. Una de ellas pertenece a Sally Vaughan. La otra es de Spencer, el último paciente.

Los labios de Forbes se contrajeron.

—El asesino —dijo—. Y quizá ella es su cómplice...

—Oh, no, no, en absoluto —protestó la enfermera . La señorita Vaughan es una joven encantadora, muy dulce y sensitiva... Ella no ha podido ser, aparte de que no conocía al señor Spencer.

—¿Cómo sabe que no se conocían?

—Estuvieron juntos en la salita de espera y no cambiaron más que las frases corrientes de cortesía... He aprendido a conocer un poco a la gente, inspector. Si ellos se hubiesen conocido previamente, yo lo habría notado.... aparte de que era la primera vez que el señor Spencer acudía a la consulta...

— Es posible que tenga usted razón, enfermera. Pero, dígame, si la señorita Vaughan se había tratado ya en más de una ocasión, usted puede saber tal vez sus problemas íntimos

—Forbes alzó una mano rápidamente—.

Si no lo desea, no me lo diga; ya sé que usted también, en cierto modo, está atada por el secreto profesional, pero recuerde que estamos ante un caso de asesinato.

Ginny remoloneó un poco. Al fin, dijo:

—Bueno, no creo que la señorita Sally se moleste si se entera de que he contado... Creo que se trata de unas pesadillas que sufre con cierta regularidad. Cree estar presenciando un crimen, pero no sé más... Ella se trataba primeramente con el doctor Lowell, antiguo conocido del doctor Crandall.

—Entonces, hablaremos con Lowell —decidió Forbes.

—Lo siento, el doctor Lowell murió hace tres meses, atropellado por un automóvil — dijo la enfermera.

—Es cierto, jefe —intervino el sargento Cadogan—. Yo recuerdo el

suceso, porque sucedió no lejos de donde vivo. El conductor causante del atropello huyó y no se le ha encontrado todavía.

—Es curioso —murmuró Forbes—. Dos psiquiatras, ambos relacionados con Sally Vaughan, muertos en un espacio de tres meses... —Se volvió a la enfermera—. Señorita, ¿cómo era Spencer?

—Bien, según recuerdo de su ficha contaba cuarenta y seis años de edad. Era bastante alto, cargado de hombros, la cara muy blanca y el pelo casi completamente canoso. Las facciones eran cuadradas, duras... y vestía corrientemente... Las ropas, sin embargo, me parecieron un poco holgadas. Claro que ahora que lo pienso, así podía esconder mejor el revólver...

—¿Recuerda el domicilio que dio?

—No, lo siento, inspector. Pero sí puedo darle el de Sally Vaughan. Lo recuerdo muy bien, porque sacaba su ficha cada vez que venía a consulta. La señorita Vaughan vive en Weston Place, número veintiséis.

Forbes se volvió hacia su ayudante.

—Cadogan, siga las pesquisas en este lugar —ordenó—. Yo voy a tratar de conversar un rato con la señorita Vaughan.

—Bien, señor.

Pero cuando el inspector jefe Forbes llegó al número 26 de Weston Place, la portera le informó que Sally Vaughan había salido de viaje aquella misma mañana, en compañía de su amiga Emma Gratton, sin que supiera el punto de destino.

Forbes maldijo entre dientes. Su preocupación subió de punto cuando aquella misma tarde, recibió una interesante información.

—La casa del difunto doctor Lowell fue registrada días después de su muerte —dijo el sargento Cadogan—. La viuda había salido de Londres, a pasar una temporada en el campo, cosa que aprovecharon, por lo visto, el ladrón o ladrones, ya que se llevaron algunos objetos de valor. Sin embargo, los agentes que inspeccionaron la casa, vieron el gabinete del doctor completamente revuelto, como en el caso del doctor Crandall. Aún no se explican qué interés podría tener para los ladrones las fichas y las libretas de notas del doctor Lowell.

—Yo sí me lo explico, sargento —dijo Forbes, a la vez que reclinaba en su sillón—. Seguramente, el ladrón hizo desaparecer de casa del doctor Lowell toda anotación relativa a la señorita Vaughan.

—Entonces, ella está relacionada con los crímenes...

—No estamos seguros. Sólo lo sabremos cuando la hayamos localizado.

—¿Quiere que emita un boletín de captura, señor? Forbes alzó una mano.

—Esperemos —dijo—. Algo me dice que la señorita Vaughan sí tiene que ver con esas dos muertes, pero de una manera involuntaria. Se ha marchado de viaje con una amiga... y antes de hacer nada, convendría que investigásemos quién es y qué hace esa amiga.

—Bien, señor; empezaré de inmediato —contestó el sargento.

Al quedarse solo, Forbes descolgó el teléfono. Tenía otro caso por resolver

y quería hablar con la persona encargada del mismo: su hijo Roger.

* * *

Las estrellas brillaban esplendentemente y una hermosa mujer, con apenas unos velos sobre su bello cuerpo, las tenía en las manos y las arrojaba a lo alto, para recogerlas a continuación. De pronto, todas las estrellas se juntaron y formaron un gran sol, blanco y frío, que despedía multitud de cegadores destellos de todos los colores del arco iris.

Luego, el sol se apagó, se escondió en un profundo pozo que no parecía tener fin. La mujer se alejó, haciendo ondular su larga cabellera negra y los velos azules que envolvían su figura. La estancia quedó a solas, oscura y silenciosa.

La niña echó a correr. Un hombre iba tras ella. Llevaba algo horrible en la mano. La niña y el hombre se movían con lentas zancadas, como en la proyección al ralentí de una película. Ella gritaba horrorizada, pero no se percibía el menor sonido.

La niña seguía corriendo, corriendo.. El hombre estaba a punto de alcanzarla, pero, de pronto, chocaba con un sol rojo y se disolvía en una incandescente llamarada. La niña tropezó y empezó a caer. Caía, caía., y la caída no parecía tener fin nunca...

De pronto, la caída se detuvo. Sally abrió los ojos. No, 110 se había caído a un pozo sin fondo. Esta vez, sin embargo, había podido dominarse y contener el grito que habría despertado a su amiga Emma, que dormía en la habitación contigua.

Aun así, Sally se notó empapada en sudor. Pero, con todo, el sueño había sido mucho más suave que en anteriores ocasiones. Tal vez el viaje que estaba realizando por el norte de Inglaterra empezaba a relajar su mente. En una semana, era la primera vez que volvía a tener aquel fatídico sueño. Ahora no había podido ver la cara del hombre ni el hacha con la que parecía ir a despedazarla en cualquier instante. Pero, aun así, el hombre seguía persiguiéndola en sueños.

¿Por qué?

Lánguidamente, se estiró cuanto pudo en la cama. Una dulce somnolencia volvía a invadirla. Cerró los ojos. Dormir, dormir, dormir...

¿Volvería a recobrar la paz alguna vez?

CAPITULO III

—El próximo pueblo es Westbury Village —anunció Sally, con el mapa en las manos.

Emma conducía. La carretera atravesaba un paisaje encantador, con abundancia de arbolado y verdes pastos. Aquí y allá se veía alguna granja aislada. El tiempo era excepcionalmente bueno. En el cielo, flotaban algunas nubes blancas, henchidas, con cambiantes formas.

—Habrá algún sitio donde se pueda llenar el estómago, me parece —dijo Emma. Sally sonrió.

—Tú siempre pensando en lo mismo —contestó alegremente—. Es de suponer que haya algún restaurante. Y si no, diez millas más al sur, hay...

—¡Diez millas! —Se horrorizó Emma—. Demasiado tiempo. Prefiero la más humilde taberna, en donde puedan darme algo de pan y queso...

Las dos muchachas eran íntimas amigas, pero el contraste entre ambas no podía ser más acusado. Sally era alta, fina, de rostro dulce y sensitivo, enmarcado por una frondosa cabellera de color castaño, en la que a veces se veían reflejos dorados, que cuadraban muy bien con el purísimo azul de sus pupilas. Emma, en cambio, era muy rubia, más baja, tirando a regordeta y vivaz y parlanchina, y con muy poco complejo acerca de su figura, de la que ella misma decía era un barril con patas por abajo y dos globos pectorales en la parte superior delantera. El buen humor de Emma era inagotable, así como su devoción por Sally a la que, a veces y aun teniendo ambas una edad aproximada, consideraba como una hermana pequeña a la que era preciso cuidar casi constantemente.

De pronto, divisaron una propiedad situada entre árboles y rodeada por una alta tapia.

La casa, bastante grande, de planta y piso, asomaba parcialmente entre la espesura.

El camino pasaba a poca distancia de la entrada, que era una gran verja de dos batientes. Sin saber exactamente las causas, Sally se vio impulsada a lanzar un grito:

—¡Emma, para!

La rubia quitó gas y aplicó el treno. El coche, que se movía a poca velocidad, se detuvo de inmediato. Sally abrió la portezuela, saltó fuera y se acercó a la verja.

Un ancho sendero enarenado conducía al interior de la propiedad. A unos treinta metros, se divisaba una terraza, con balaustrada de piedra, oscura ya por el paso de los años, adornada con grandes jarrones de lo mismo. Había una escalera que permitía el acceso desde el sendero a la terraza, al pie de la cual se veían, a ambos lados, dos surtidores en forma de conchas marinas, de metro y medio de diámetro aproximadamente. El sendero se torcía para contornear la terraza y permitir así el acceso a los coches hasta la casa.

Más allá se veía una segunda terraza, muy parecida a la primera y situada a un nivel superior en unos tres metros. El terreno de la propiedad estaba inclinado y ello había permitido la construcción de las terrazas, cuyo aspecto indicaba claramente se debían a un hábil arquitecto, experto, además, en jardinería clásica. A la izquierda de la terraza superior se veía un templete, con cúpula semiesférica y sostenido por varias columnas de capiteles dóricos.

Sally alcanzó la verja y se agarró a ella con ambas manos. Emma, que la había seguido, se asombró al ver que su amiga tenía los ojos desmesuradamente abiertos.

—¡Sally!

La muchacha tardó algunos segundos en contestar. Luego, lentamente, volvió el rostro hacia su amiga.

—Emma, me parece que yo conozco este lugar —dijo, enormemente turbada.

—¿Has estado aquí antes?

—No, nunca, pero juraría... Emma soltó una risita.

—Me recuerdas a Rebeca—dijo—. La novela empieza más o menos como has dicho tú:

«Anoche soñé que estaba en Manderley House...» Pero acabas de decir que nunca has estado aquí.

Las manos de Sally seguían crispadas en torno a los hierros. Emma la miró y vio que estaba muy pálida, pero con la respiración alterada, de un ritmo superior a lo habitual. De pronto, una de las hojas de hierro forjado se movió ligeramente.

—¡Está abierta! —exclamó Sally.

—Oye, no pensarás entrar... —se alarmó Emma.

Sally empujó la verja un poco más. Los goznes chirriaron fuertemente.

—Voy a entrar —dijo—. Creo. . que he estado aquí antes... Avanzó unos pasos. Emma la siguió.

—Sally , si el dueño nos sorprende, podemos pasarlo mal. Lo menos que nos dirá es que somos unas frescas...

—He estado aquí —insistió la muchacha—. Las terrazas, los surtidores, el templete...

Paso a paso, avanzó hacia la primera escalera, que subió con gran decisión. Emma acabó por encogerse de hombros.

—Al menos, en la cárcel te dan de comer gratis —dijo, con filosófica resignación. Atravesaron la explanada siguiente y subieron a la terraza. Sally se acercó al templete, situado al borde de un estanque circular, bastante grande, en el que dotaban plantas acuáticas de grandes hojas. El surtidor central, sin embargo, permanecía inactivo, lo mismo que los restantes.

Luego estaba la casa, con una gran puerta de madera y protegida por una marquesina. Las ventanas aparecían cerradas. Aunque se veía que el caserón estaba deshabitado, los vidrios estaban limpios.

Sally se detuvo frente al edificio. Emma observó que tenía los puños

crispados y la boca entreabierta, como si necesitase mucho aire para sus pulmones. Las curvas de los senos se marcaban fuertemente a cada inspiración.

Emma se alarmó.

—¡Sally! —dijo, casi a gritos.

De pronto, Emma sintió que una de las manos de Sally se crispaba en torno a su carnoso brazo izquierdo.

—Emma..., a cada momento que transcurre, me siento más segura de que he estado antes en esta casa...

—Sally, por favor, vámonos antes de que nos vea el dueño...

Pero la muchacha no le hizo el menor caso. De repente, con paso rápido, echó a andar hacia la puerta. No llamó, sino que asió el gran picaporte de hierro y ¡o hizo girar. Uno de los batientes de la puerta giró en el acto.

Sally cruzó el umbral. Emma tenía un poco de miedo, pero la siguió. Al entrar en la casa, vio un amplio vestíbulo, embaldosado en blanco y negro, y con cortinas rojas en todas las ventanas. Había una escalera Que conducía al piso superior y su balaustrada era de madera oscura y brillante, con columnitas artísticamente torneadas. De las paredes colgaban un par de cuadros, que representaban sendos paisajes. La lámpara que Pendía del techo era una hermosa araña, con multitud de prismas de cristal.

Sally se había parado en el centro del vestíbulo y contemplaba con ojos muy abiertos todos sus detalles. De súbito, se volvió hacia su amiga.

—Emma, ahora estoy segura —dijo—. No tengo memoria de haber estado nunca en esta casa... ¡Pero es la casa que veo en mis sueños!

—Sally, no digas tont... —Emma no se atrevió a completar la palabra, temerosa de herir a la muchacha—. Bueno, quizá se parece un tanto a la que ves en sueños —fingió admitir la afirmación de su amiga.

—No, no, es la misma. Insisto en que no recuerdo haber estado aquí, pero... ¡es la casa que veo en sueños! Y eso significa que mi sueño tiene una base real y que yo he estado antes aquí, hace muchos años.

—¿Desean las señoritas examinar el resto de la casa.? La voz había sonado inesperadamente a espaldas de tas dos jóvenes. Emma no pudo contenerse y lanzó un grito de pánico.

* * *

Sally se volvió rápidamente. A su lado, Emma parecía temblar de miedo, con una mano puesta sobre su voluminoso pecho. Sally, en cambio, se mostraba mucho más serena..

—Discúlpenos, buen hombre —dij0—. Vimos la verja abierta y entramos a curiosear..., bueno, la idea fue mía, va que" mi amiga quería impedírmelo...

El hombre sonrió. Era ya bastante viejo, de rostro arrullado y con antiparras de cerco de acero. El poco pelo que tenía estaba completamente blanco.

—Me llamo Martin Radd y soy el encargado de cuidar la propiedad —dijo —. Aunque no tengan permiso del dueño, creo que no habrá inconveniente en que la visiten, si es su deseo, señoritas.

—Se lo agradeceremos. Yo me llamo Sally Vaughan.

Ella es Emma Gratton.

—E...encantada —saludó Emma, a la que todavía no se le había pasado el susto.

—Mucho gusto, señoritas —dijo Radd—. La verdad es que no abundan los visitantes en Padderton Hall, que es el nombre de la posesión. Para ser sinceros en quince años que llevo cuidándola, no han venido arriba de doce o catorce visitantes. Algunos, es cierto, quisieron comprar la propiedad, pero no lo consiguieron, ignoro los motivos.

—A mí me gusta —sonrió Sally—. Si tuviese dinero, compraría la casa.

—Usted es una señorita valiente. Sin duda, no tiene miedo a los fantasmas.

—Ah, pero ¿hay fantasmas? —se pasmo Emma.

—Algunos dicen que tiene que haberlos: los de las victimas que murieron aquí hace dieciocho años. El dueño de la casa sorprendió a su esposa, con un amigo, en una situación inconveniente, y los mató a hachazos. Hay quien dice que no estaban casados, aunque se hacían pasar por tales. Pero el asesino fue capturado a los pocos minutos de cometido su doble crimen. Parece ser que había un testigo, una niña, sobrina de la mujer asesinada, que lo vio todo. El asesino se dio cuenta y la niña escapó. Hubiera muerto asesinada también, de no haber sido por un cazador que disparó un tiro al criminal, cuando ya estaba a punto de matar a la chiquilla. El asesino fue herido y, una vez curado, juzgado y sentenciado a cadena perpetua.

Emma tenía la boca abierta desmesuradamente. Radd acababa de describir con toda exactitud la pesadilla de que su amiga no se podía liberar, ni aun con tratamiento psiquiátrico.

Sally estaba muy rígida. Aquellas palabras confirmaban sus suposiciones. Los sueños que tanto la atormentaban no eran imaginación suya. Habían tenido una base real., y ella era la niña que huía del hombre del hacha.

—Dice que... ocurrió dieciocho años atrás... —habló con voz estrangulada.

—En efecto, señorita. Yo no vivía entonces en Westbury Village, pero me lo contaron con todo detalle, cuando vine a hacerme cargo del cuidado de la propiedad. Incluso hablé con el cazador que salvó a la chica.

—De modo que es usted el cuidador de la propiedad —dijo Sally—. ¿Conoce al dueño?

—No. Yo me entiendo directamente con el abogado Hyle, que vive en Westbury Village. Él es quien me paga el sueldo y se ocupa igualmente de pagar los impuestos y los escasos gastos que ocasiona Padderton Hall. Si la casa les interesa, pueden dirigirse al señor Hyle; les atenderá con muchísimo gusto.

Emma tragó saliva un par de veces.

—Señor Radd, usted vive aquí...

—Sí, señorita.

—¿Y no tiene miedo de los fantasmas? El viejo se echó a reír.

—Yo sólo tengo miedo de los años... y del reúma que ya me causa más molestias de las que pudiera soportar. Por eso he llamado a mi sobrino, para ver si se anima a venir a ayudarme. El abogado está conforme y...

—Señor Radd —dijo Sally impetuosamente—, ¿conoce usted el nombre de la niña?

—Creo recordar que se llamaba Sybil, pero ignoro el apellido. De todos modos, hablen con el abogado Hyle. Y también Ron Barker puede darles más detalles.

—¿Quién es Ron Barker?

—El cazador que salvó a la niña del asesino.

—Yo creí que habría muerto...

—Oh, no, no es tan viejo como yo y se conserva bien. ¿Les apetece visitar la casa?

—Sí, pero antes, por favor, querría hacerle una última pregunta, señor Radd —dijo Sally.

—Encantado, señorita.

—Ya que no puedo comprar la casa, ¿podría, al meaos, alquilarla por una temporada? Emma se espantó de la idea que acababa de ocurrírsele a su amiga.

—;Sally, por Dios, no hablarás en serio! —exclamó.

—Hablo muy en serio —afirmó la muchacha—. ¿Qué me dice usted, señor Radd? El guarda hizo un movimiento con la cabeza.

—No sé... Consulte al señor Hyle. Él le dará detalles —contestó. Sally sonrió.

—Perfectamente —dijo—. ¿Vamos a empezar la visita?

Media hora más tarde, se despedían de Radd. Cuando estuvieron fuera de la propiedad, Emma se cogió fuertemente al brazo de la muchacha.

—Sally, tú no querrás...

Los ojos de Sally brillaban de un modo singular.

—Sí, Emma —dijo—. Quiero quedarme aquí una temporada... porque ahora sé que mis pesadillas tienen una base real, porque esta inesperada casualidad me ha traído a una casa en la que viví cuando era niña... y en donde estuve a punto de morir a manos de un vesánico asesino.

La joven se estremeció.

—El sueño es el recuerdo de algo que ha ocurrido y yo vi a aquel hombre manejando el hacha... vi la sangre que saltaba por todas partes, escuché los horribles gritos de las víctimas... y tuve miedo y escapé y estuve a punto de morir también..., pero si todo eso es cierto, entonces resulta que yo no soy Sally Vaughan, sino Sybil...

Sally se interrumpió un segundo jadeante y sin aliento.

—¿Sybil qué, Emma? Si mi nombre no es el que uso, ¿por qué me lo pusieron?

¿Adónde me llevaron después de los asesinatos? ¿Por qué me cambiaron la identidad?

Emma se sentía profundamente impresionada. Ahora veía ella también que su amiga tenía razón. Las pesadillas que torturaban a Sally no eran el producto de una lectura terrorífica, sino el resultado de un hecho real, hondamente grabado en su cerebro y del que no podía desprenderse.

Y, de repente, sintió también la curiosidad de conocer algún día la realidad de la historia

—Vamos a Westbury Village —dijo, resuelta.

CAPITULO IV

—Tu mente, a raíz de los hechos, rechazó cuanto se refería a los mismos —dijo Emma, mientras comían en un pequeño, pero bien cuidado restaurante —. Sí, eres Sybil, la niña que presenció el crimen y que estuvo a punto de morir, pero ¿qué relación tienes con el suceso?

Sally sonrió.

—Vaya, parece que tú tienes ahora interés en conocer el desenlace de la historia —dijo jovialmente.

—Me muero de curiosidad —confesó Emma—. Y aunque tengo un poco de miedo, creo que la idea de alquilar Padderton Hall es buena. Sí, podríamos pasar allí una temporada... Total, para lo que hacemos, lo mismo da trabajar aquí que en Londres.

—Todavía no hemos visto a Hyle, así que no podemos saber si nos alquilarán o no Padderton Hall...

De pronto, Sally se interrumpió. La camarera que les servía, se inclinaba hacia ella.

—Señorita, usted preguntó antes por Ron Barker.

—En efecto...

—Acaba de entrar. ¿Quiere que le diga algo?

—Por favor, invítele a sentarse en nuestra mesa.

—Sí, señorita.

Ninguna de las dos amigas había reparado en el joven de cabellos negros y agradable aspecto, que estaba sentado en una mesa contigua. Sally y Emma no estaban en condiciones de imaginarse que tenían a cuatro pasos de distancia a un oficial de Scotland Yard.

Un hombre más que maduro se acercó a la mesa.

—Señoritas...

—Señor Barker, yo soy Sally Vaughan y ella es Emma Gratton. Por favor, siéntese con nosotras y pida lo que le apetezca.

En su mesa, el sargento Forbes se atiesó un instante. ¡De modo que allí, a menos de tres metros, tenía a la sospechosa que le había mencionado su padre! Pero Roger Forbes tenía también ciertas instrucciones al respecto y se abstuvo de hacer ningún gesto sospechoso.

—Sólo quiero cerveza, muchas gracias —sonrió Barker.

—Al momento —dijo la camarera.

Sally puso los codos sobre la mesa y entrelazó las yemas de los dedos, a la vez que miraba fijamente al individuo.

—Señor Barker, hoy hemos estado en Padderton Hall y nos han contado la historia de lo que sucedió allí hace dieciocho años. Tengo entendido que usted intervino muy oportunamente cuando el asesino se disponía a matar al único testigo de su crimen, una niña de pocos años.

—Así sucedió, en efecto —admitió el individuo—, Ella, la niña, corría

desalada, huyendo de aquel horrible sujeto... En un principio, pensé que quería cogerla para imponerle algún castigo, pero cuando vi que la agarraba por los cabellos y levantaba el hacha ensangrentada, entonces, no vacilé y le disparé un tiro.

—Y así, la niña salvó la vida, Señor Barker, por casualidad, ¿recuerda usted su nombre?

—Recuerdo los nombres de los que vivían en la casa, señorita. Yo les llevaba en ocasiones algunas piezas de caza. Me pagaban bien y... Bueno, la niña se llamaba Sybil Warburton y era sobrina de la mujer asesinada, cuyo nombre era Nancy Braigh. Se decía que era la esposa del asesino, pero no es cierto; sólo eran amantes... La señora Braigh tenía a la niña a su cuidado, porque sus padres habían muerto en accidente dos años antes. En cuanto al muerto se llamaba Larry Owens y, parece, había sustituido al asesino en el afecto de la señora Braigh. El asesino, que, entre paréntesis, fue condenado a cadena perpetua, se llamaba Jared Robertson.

Sally escuchó sin pestañear el relato de Barker. Al terminar, abrió su bolso y sacó un billete de cinco liaras.

—No sé agradecérselo de otra manera, señor Barker —sonrió.

El hombre guardó el billete, apuró su cerveza y se tocó la sien con un dedo.

—Encantado de haberle sido útil, señorita Vaughan. Adiós, señorita Gratton...

Sally y Emma se quedaron solas nuevamente. Los ojos de Sally resplandecían de un modo singular.

—Ahora ya sé cuál es mi verdadero nombre —dijo—. Yo me llamo Sybil Warburton y soy la niña que estuvo a punto de morir asesinada. Ese hombre me salvó la vida, Emma, ¿te das cuenta?

—Sí, pero ahora que ya conoces tu identidad, ¿qué piensas hacer? ¿Cómo puedes demostrar que eres realmente Sybil Warburton?

—Tendremos más detalles, después de que hayamos hablado con el abogado Hyle.

Pero ahora debemos acabar la comida. ¿O no?

Emma sonrió.

—Es una frase llena de sensatez —contestó.

Un cuarto de hora más tarde, las dos amigas se levantaron y abandonaron el restaurante. Cinco minutos antes, Roger Forbes había abandonado también su mesa en busca del teléfono.

—Sally Vaughan está aquí, en Westbury Village —informó a su padre—. Ha comido en la mesa contigua a la mía y va acompañada de la chica que me dijiste, Emma Gratton. No he oído bien todo lo que han hablado, pero sí puedo decirte que están investigando sobre el doble asesinato cometido por Robertson hace dieciocho años. Papá, tengo la impresión de que Sally es la niña a la que Robertson intentó asesinar.

—Pero esa niña se llamaba Sybil Warburton, Roger.

—Lo sé. Sin embargo, he captado retazos de conversación que me hacen sospechar que lo que acabo de decirte es cierto. Ignoro cómo y cuándo le cambiaron el nombre, pero sospecho que Sally es Sybil.

—¡Hum! —Dijo el inspector Forbes—. Después del crimen y una vez se hubo curado Sybil del shock, fue llevada al orfelinato de Hallymount Forest. Resulta difícil creer que allí le cambiaran el nombre por capricho, ¿no te parece?

—Papá, tengo la impresión de que en la memoria de Sally hay lagunas que no acaban de cubrirse, que ella no puede cubrir por sí misma. Quizá por esa razón está en Westbury Village... y por lo mismo, quiere alquilar Padderton Hall, para residir en la propiedad durante una temporada, con Emma Gratton. Sin embargo, el alquiler debe de ser elevado y ellas no parecen precisamente unas millonarias...

—Se ganan bien la vida. Emma es una excelente ilustradora de cuentos infantiles y Sally los escribe. Esa ciase de trabajo puede hacerse en cualquier parte, Roger.

—Perfectamente. ¿Debo hablar a Sally acerca de la muerte del doctor Crandall?

—Todavía no. Aunque la consideramos como sospechosa, tengo la personal impresión de que es inocente del crimen. Pero, de alguna forma, está relacionada con la muerte de los dos médicos. Limítate a vigilarlas atentamente... y hasta puedes entablar relación con ellas, si lo crees oportuno. Pero no descubras tus cartas.

—Entendido. Si sabes algo de nuevo, llámame.

—De acuerdo, hijo.

* * *

—De modo que quieren alquilar Padderton Hall dijo sonriendo William Henry Hyle, abogado.

—Si el precio es asequible, por supuesto —manifestó Sally.

—¿Cuánto tiempo están dispuestas a pasar en la casa? Sally se volvió hacia Emma.

—Unos tres meses —dijo la segunda.

—La casa es grande y tiene un bonito parque. A decir verdad, y voy contra los intereses de mi cliente, debo cobrarles sesenta y seis libras mensuales... doscientas al trimestre.

—Podemos pagar ese precio —afirmo Sally.

—También debo añadir que el precio es un tanto bajo, en realidad, una especie de oferta de propaganda, para ver si consigo vender Padderton Hall—, Hyle, un tipo regordete y campechano, que parecía más un terrateniente acomodado que un leguleyo, volvió a sonreír—. A la dueña de Padderton Half, me imagino, le vendrían muy bien unos cuantos miles de libras. Con lo que me paguen ustedes, podré liquidar los impuestos de este año.

—Ah, el dueño es una mujer... ¿Suele venir por aquí con frecuencia, señor Hyle?

—En absoluto. Si les he de ser sincero, no la he visto desde que era una chiquilla que aún no había cumplido los cinco años. En esa casa ocurrió algo horrible hace dieciocho años...

—Estarnos enteradas, señor Hyle, y no nos asustan los fantasmas —sonrió Sally.

—Bueno, pero ¿qué fue de la niña que ahora es la propietaria de la mansión? — preguntó Emma.

—Se la llevaron a un orfelinato. Ella vivía con su tía, la mujer asesinada por su amante. Querían pasar por esposos, pero no lo eran... La niña había perdido a sus padres y su tía la había recogido, cosa que, según tengo entendido, agradaba muy poco al que luego se convirtió en un salvaje asesino. Pero tuvo que resignarse y, para mí, en la tentativa de asesinato de la niña, influyó tanto el odio que Robertson sentía hacia ella, como el hecho de que hubiese sido testigo de su doble crimen.

—Es posible —admitió Sally—, De todos modos, hay algo que me extraña, si me permite decirlo, señor Hyle.

—Claro —accedió el abogado—. ¿De qué se trata, señorita Vaughan?

—Usted cuida, mejor dicho, administra la propiedad, puesto que el que realmente la cuida es el señor Radd. Debe perdonarnos la indiscreción, pero hemos estado hoy en Padderton Hall y, aunque se advierten los síntomas indudables del paso del tiempo, se ve que la residencia y el parque ofrecen un buen aspecto. Pero eso cuesta dinero, por no decir los impuestos que es preciso abonar...

Hyle se recostó en su asiento.

—En cuanto a ese detalle, debo decirles que los difuntos padres de la niña, los señores Warburton, propietarios de Padderton Hall, habían hecho testamento. Sybil era heredera universal y, además de la propiedad, heredó también unas cincuenta mil libras esterlinas, en diversos valores y acciones, con cuya renta pago todo lo necesario, incluyendo, como es lógico, mis honorarios.

—De modo que Sybil es, como quien dice, una rica heredera.

—Sí, y yo debía hacerle entrega de su propiedad al cumplir los veintiún años. Pero no ha dado señales de vida y francamente, no me atrevo ni deseo aun formular una solicitud de declaración de fallecimiento legal.

—Es decir, Sybil puede presentarse en cualquier momento.

—Y si acredita debidamente su personalidad, le haré entrega de la herencia en debida forma —aseguro Hyle.

—A Sybil, según nos hemos enterado, la enviaron a un orfelinato. ¿No hay rastros de ella en los archivos de esa institución?

—Sybil abandonó, mejor dicho, huyó de Hallymount Forest, cuando aún no había cumplido los dieciséis años. Desde entonces, no se ha vuelto a saber nada de ella.

—Algún día aparecerá, cuando menos se la espere —sonrió Sally—. De acuerdo, señor Hyle, puede ir preparando el contrato para la firma. Mi amiga y yo nos iremos a Londres, mañana por la mañana, y volveremos aquí dentro de un par de días. Ahora, si quiere, le dejaremos una cantidad como garantía y...

Hyle alzó una mano regordeta.

—No es necesario, me basta con su palabra, señorita —dijo amablemente —. Avisaré al guarda para que tenga todo preparado, a fin de que encuentren la casa en orden a su llegada.

—Muchísimas gracias, señor Hyle. Sally se puso en pie. Emma la imito.

—Hemos tenido un verdadero placer en conocerle... —Sally se interrumpió de pronto—. Perdón, quisiera hacerle todavía una pregunta más.

—Desde luego, señorita Vaughan.

—¿Qué fue del asesino? Lo condenaron a cadena perpetua, creo. Hyle torció el gesto.

—Escapó de la horca por milagro —contestó—. Pero hoy día la expresión cadena perpetua es como las monedas de los distintos países: todas, tarde o temprano, se devalúan. Así ha sucedido con la sentencia de Robertson; a los dieciocho años de cárcel, le concedieron el indulto por buena conducta.

—Entonces, está ya en la calle.

—Es de suponer, aunque espero y confío que no se le ocurra volver más por Padderton Hall ni por Westbury Village.

Sally asintió. Junto con Emma, se dirigió en busca de la salida. Una vez en la calle, Emma se paró y miro fijamente a su amiga.

—Sally, ¿por qué no le has dicho que eres Sybil Warburton? —Inquirió, un tanto enojada—. ¿Te das cuenta. Eres dueña de una hermosa propiedad y de cincuenta mil libras esterlinas. Ya sé, v ahora estoy convencida de ello, que Padderton Hall tiene muy malos recuerdos para ti, pero ¡caramba!, no se puede vivir siempre pensando en el pasado.

—Emma, ¿qué pruebas puedo presentar yo de mi verdadera personalidad? ¿Lo admitiría Hyle solamente contándole mis pesadillas? Cuando ocurrió aquel crimen, yo tenía cinco años... y mi cara ha cambiado desde entonces. Eso no es suficiente para probar mi verdadera personalidad.

—Entonces, ¿tienes otro plan?

—Emma, querida, por ahora no tengo ninguna prisa. Vamos a residir una temporadita en Padderton Hall. Quizá un día encuentre allí algo que me permita demostrar concluyentemente que soy Sybil Warburton.

—Sí, una carta que aparecerá en el cajón secreto de un escritorio y que diga: «La verdadera Sybil Warburton tiene un lunar del tamaño de un penique debajo del ombligo». Sally, ¿tienes tú ese lunar?

Las dos amigas se echaron a reír simultáneamente. Sally asió con suavidad el brazo de Emma.

—Eres muy buena y nunca te agradeceré bastante que accedas a acompañarme durante tres meses en Padderton Hall —dijo.

—Oh, lo hago por egoísmo, a ver si así, estando en el lugar donde se produjeron, pueden curarse tus pesadillas... y yo me ahorro tener que levantarme a media noche para hacerte una taza de té —contestó Emma con fingida intrascendencia.

—Creo que ahora, de verdad, llegaré a curarme —dijo Sally, llena de confianza en el futuro.

CAPITULO V

—Estás muy cambiado, sobrino —observó Martin Radd, mientras contemplaba al hombre que se había presentado aquella mañana.

—Los años pasan también para mí, tío —dijo el recién llegado a Padderton Hall—.

Aunque no lo creas, ya voy a cumplir cuarenta y ocho años.

—Quién los pillara —suspiró Radd—. De todos modos, estás cambiado, aunque claro, hace tantos años que no nos veíamos... Ven, te enseñare la casa. En días sucesivos, te iré imponiendo de tus obligaciones. Ahora habrá que tener más cuidado con el interior; el administrador ha alquilado Padderton Hall.

—¿Cómo? ¿Han alquilado...?

—Sí, a dos chicas, artistas creo que son... Bueno, no bailarinas ni nada de eso. Escritoras o pintoras o algo por el estilo... Pasaron por aquí, vieron la residencia, les gustó y luego se fueron a hablar con Hyle...

—Ah, dos mujeres.

—Sí, jóvenes y agradables... y una de ellas, una auténtica belleza. Me parecieron muy sensatas, no como esas otras que tienen aspecto de furcias y van enseñándolo todo y beben como marineros después de tres meses en alta mar y juran y fuman cosas raras.. Me gustaron mucho, sobrino. A ti también te agradarán.

—Eso espero, tío.

Mientras charlaban, recorrían la casa. Al cabo de un buen rato, Radd dijo que ya era hora de tomar un bocado. Las señoritas llegarían pasado mañana y había tiempo suficiente para que Charlie terminase de conocerlo todo a fondo.

Los dos hombres se encaminaron a la cocina. Radd encendió un fogón y puso una tetera al fuego. Su sobrino señaló una puerta.

—¿Qué es eso, tío? —preguntó.

—Ah, algo muy curioso... Ven, te lo enseñaré.

Radd abrió la puerta que, aparentemente, daba a una alacena, en cuyos estantes se veían algunos botes y frascos. Luego señaló el suelo, en el que se veía una anilla de hierro.

—Tira de la anilla, sobrino.

Charlie obedeció. Un negro hueco apareció ante sus ojos en el acto. Espantado, retrocedió.

—Tío...

Radd se echó a reír.

—Parece ser que en tiempos remotos hubo aquí un castillo, eso dicen al menos. Naturalmente, excavaron una cisterna y ahí sigue, aunque ahora seca, porque no hay manantial subterráneo, sino que se alimentaba por medio de conductores que recogían el agua de la lluvia. Al construir esta casa, si bien conservaron la cisterna, dejaron de utilizarla.

Charlie se inclinó aprensivamente sobre la negra boca del pozo, que tenía casi dos metros de diámetro.

—¿Es muy profundo? —preguntó.

—Aguarda un poco y lo verás.

Radd buscó unos trapos viejos, que ató con un cordelito en torno a un trozo de leña de forma alargada. Mojó los trapos en petróleo y luego arrimó una cerilla encendida, con lo que obtuvo una antorcha que desprendía una viva luz. Acto seguido, se acercó al borde y arrojó la antorcha al hueco.

Las llamas descendieron ondulantemente, hasta detenerse a muchos metros de la superficie.

—Casi cuarenta metros, muchacho... —y, de repente, la voz de Radd se transformó en un agudo chillido de terror al sentirse empujado al vacío. Manoteó desesperadamente, pero ya no había forma humana de evitar la caída.

Desde el borde del pozo, Charlie oyó los horribles ruidos que se producían cada vez que el cuerpo del guarda chocaba contra las paredes, en las que había agudos salientes rocosos. Al fin, se oyó el sordo impacto que señalaba el final de la caída. Hubo un largo lamento, que se convirtió bien pronto en un agónico estertor. Luego, a los pocos momentos, sobrevino el silencio.

Charlie bajó la trampilla y dio un par de golpes con los pies, a fin de encajarla exactamente en su marco. Luego cerró la alacena con doble vuelta de llave y guardó ésta en uno de sus bolsillos.

A continuación, apagó el fuego. Nada de té, se dijo. En otra alacena encontró una botella, de la que se sirvió un largo trago.

—Y ahora, a esperar —murmuró.

* * *

—Roger, hijo, hemos establecido al fin el nexo de unión entre las muertes de Lowell y Crandall —dijo el inspector Forbes.

—Interesante —comentó el sargento Forbes—. Y, dime, ¿cuál es ese nexo de unión?

—Sally Vaughan. La chica iba con cierta periodicidad a la consulta de Lowell. Hemos conseguido que la viuda del psiquiatra nos ayude a establecer los nombres de los pacientes y el de Sally es el único que falta en los documentos de Lowell, lo mismo que sucedió con el archivo de Crandall. Aquí, el asesino se llevó también su ficha, la que fue abierta bajo el nombre de Spencer. Pero, como es fácil de comprender, no se llama así.

—Se llama Robertson.

—Exactamente.

—Bien, pero ¿qué le impulsó a cometer esos crímenes?

—Te diré cuál es mi opinión. A estas alturas, Robertson busca todavía los diamantes, recuerda que no se encontraron nunca. Por los medios que sean, pero piensa que tuvo dieciocho años para elaborar un plan, llegó a saber que

la niña conocía el escondite de los diamantes. Tal vez se los enseñó su tía, tal vez, como era muy curiosa, la vio guardarlos en alguna parte... y ahora quiere seguir la pista a Sally Vaughan para que acabe diciéndole dónde están esas piedras preciosas.

—Después de lo cual, la matará.

—Quizá sí, quizá no prefiera empeorar su situación. Después de haberse pasado dieciocho años en la cárcel, parece lógico pensar que quiere disfrutar de las cosas buenas que puede conseguir con doscientas mil libras esterlinas. Y un asesinato más, pondría en peligro su futuro de lujo y placeres.

—Eso es cierto, aunque también, si se viera acorralado...

—Por eso debemos evitar que sospeche nada. Hay que darle cuerda larga, ¿comprendes? Y, por supuesto, no perder de vista a Sally.

—Ciertamente, Robertson no fue el que robó los diamantes y ya ha purgado sus dos crímenes, por lo que difícilmente podríamos formular una acusación contra él. Realmente, tampoco tenemos pruebas de que haya matado a dos psiquiatras. Nuestro único recurso estriba en dejarle que encuentre los diamantes. Entonces podríamos sentarle la mano...

—En el automóvil que atropelló a Lowell se encontrarían huellas que quizá comprometan a Robertson —dijo Roger.

—Se encontró abandonado y no se pudo hallar el menor rastro de su conductor.

—Muy bien, haré lo que pueda... incluso entablar contacto con Sally.

—Pero con la máxima discreción, hijo.

—Con la máxima discreción, papá.

* * *

El coche, cargado hasta los topes de paquetes, bolsos y maletas, se detuvo ante la verja. La conductora tocó la bocina.

Sally se apeó y probó de abrir la verja, pero estaba cerrada. Sin embargo, a los pocos instantes, vieron a un hombre que atravesaba presurosamente las terrazas.

El hombre era robusto y usaba unas gafas levemente coloreadas. Aunque se le veía de mediana edad, apenas si había canas en sus sienes.

—Bien venidas, señoritas —saludó con la mejor de sus sonrisas—. Soy Charlie Miles, el sobrino de Martin Radd —se presentó—. Mi tío me advirtió de su llegada y estoy aquí, dispuesto a servirlas en cuanto necesiten de mí.

Las dos hojas de hierro se separaron a los lados.

—Suban por el sendero de la derecha y estacionen el coche frente a la casa. Luego lo llevaré yo al garaje —añadió Charlie.

—Está bien —dijo Emma.

Las dos amigas se apearon instantes más tarde frente a la puerta de la mansión.

Emma alzó la vista hasta las ventanas del primer piso.

—Y aquí es donde vamos a pasar tres meses de nuestra vida —suspiró.

—Emma, aún estás a tiempo...

—¡Ni hablar! —cortó la rubia vivamente—. Tengo unas ganas locas de que llegue el día en que puedas demostrar que eres Sybil Warburton.

—Yo también, pero no levantes tanto la voz ni lo comentes delante del sobrino del señor Radd —aconsejó Sally.

Charlie llegaba en aquel momento.

—Siento que mi tío no esté presente, pero pueden estar tranquilas, porque él me impuso de todas las obligaciones —dijo.

—¿Cómo? —Exclamó Sally—. ¿No está el señor Radd? Charlie sonrió.

—Tío Martin estaba un poco cansado y quiso disfrutar de unos días de vacaciones, aunque a decir verdad, yo más pienso que tenía ganas de salir un poco de Padderton Hall. Llevaba muchos años aquí, poco menos que enclaustrado... Ahora está con tía Clara, una hermana suya y de mi madre, que vive en un pueblecito cerca de Dornoch, Escocia. Pero pueden tener la seguridad de que yo les atenderé tan bien como lo haría mi tío.

—No me cabe la menor duda, señor Miles... —dijo Sally.

—Por favor, llámenme Charlie. Estoy aquí para servirlas en todo cuanto necesiten.

—Gracias, Charlie.

—Ahora entraré el equipaje en la casa. Tío Martin creo que se la enseñó a ustedes, de modo que pueden elegir el dormitorio que deseen, en el primer piso. Cuando haya descargado el coche, lo llevaré al garaje que hay en la parte posterior.

—Es usted muy amable, Charlie —sonrió Emma.

Las dos amigas entraron en la casa cargadas con algunos pequeños bultos. Charlie se ocupó de la parte más pesada del equipaje, que dejó momentáneamente en el vestíbulo. Luego regresó para guardar el coche.

Mientras, Sally y Emma se dirigían hacia el piso superior. Junto al arranque de la escalera, había un extraño objeto de adorno. A primera vista, parecía un gran [redacted] jarrón, muy alto y estrecho. Sin embargo estaba rematado por una gran corola de hierro forjado, en forma de red de dibujo muy caprichoso, con un hueco cóncavo en su centro.

—Es un pebetero —dijo Emma.

—Precioso, ¿verdad? Aunque me imagino que aquí tiene poca utilidad...

Emma golpeó con la uña del dedo índice el pie del pebetero que alcanzaba la altura de una persona. Era una columna de metal, de unos veinte centímetros de grosor con extraños dibujos hechos mediante molde en fa fundición donde había sido elaborado. El golpe emitió unas delicadas resonancias musicales.

Me gusta —dijo Emma—. Puede que no encaje en el conjunto de la decoración, pero su mismo exotismo lo hace sumamente atractivo.

Momentos después, estaban en el primer piso. Eligieron sendos dormitorios, con un cuarto de baño común, intermedio y cuyas puertas

permitían la comunicación entre las dos estancias. Charlie subió los equipajes y les preguntó si deseaban tomar algo.

—Más tarde, un poco de té —dijo Sally. De pronto, fue hacia una consola y tomó su bolso—. Ah, habrá que comprar provisiones y se necesitará dinero. ¿Querrá usted encargarse...?

—Con mucho gusto, señorita.

Charlie tomó los billetes y cerró la puerta. Inmediatamente, Sally se ahuecó el cabello y luego empezó a soltarse los botones de la blusa.

Emma apareció de pronto, vestida solamente con el sujetador y los pantalones de encaje, de los que colgaban las tiras de los portaligas.

—¿Qué te parece el sobrino? —preguntó.

—Un buen hombre, amable y servicial —contestó Sally—. ¿Por qué lo dices?

—Psé... El viejo Martin no nos habló de que fuese a tomarse unas vacaciones...

Sally se echó a reír.

—Dijo que aguardaba a su sobrino para que le ayudase —recordó a su amiga—. Radd tiene ya años y el parque debe de dar mucho trabajo, si se lo quiere conservar como es debido.

—Sobre todo, cuando los ojos de la dueña desean contemplarlo.

—Emma, ¿Soy yo de veras Sybil Warburton?

—Te diré una cosa, querida. Por ahora, seguiré llamándote Sally, ya que te conocí con ese nombre. Pero ahora ya no me cabe duda de tu verdadera identidad. Eres Sybil Warburton.

—Sin embargo, no puedo probarlo...

—Aquí debe de haber, en alguna parte, documentos que prueben tu personalidad. Los buscaremos, cariño.

—De todas formas, quizá en el orfelinato de Holymount Forest...

—Allí sólo podrían decirte que Sybil se escapo cuando tenía menos de dieciséis años. Pero es curioso que no recuerdes nada de ese orfelinato. No hace tantos años de esa escapatoria, me parece. ¿Alguna vez sufriste un accidente que originase la pérdida total de tu memoria, hasta el punto de haber tenido que cambiar de personalidad?

—No recuerdo nada, te lo juro. Pero quizá habría un medio de averiguar lo sucedido y de saber si, efectivamente, soy Sybil Warburton.

—Querida, sólo Sybil podría tener esas pesadillas en que vuelve a vivir la horrible noche en que se cometieron dos asesinatos y ella misma estuvo a punto de morir.

—Lo sé, pero si viera a Robertson... Emma se estremeció.

—¿Hablas de ver al hombre que quiso matarte? Sally miró fijamente a su amiga.

—Creo que podría reconocerlo, aunque han pasado muchos años —dijo—. El no me reconocería a mí, pero quizá... —De pronto, se pasó una mano por la frente y apartó un mechón de cabellos—. No me hagas caso; son tonterías

sin fundamento. Creo que aquí encontraremos la solución, querida.

—Así lo espero yo —sonrió Emma—. Y aparta esas ideas de tu mente o a medianoche tendré que levantarme para hacerte tomar un sedante.

—No lo quiera Dios —murmuró Sally. En los últimos tiempos, las pesadillas que tanta angustia le causaban habían desaparecido. Acongojada, se preguntó si el hecho de haber vuelto a la casa donde había presenciado aquel espantoso crimen haría rebrotar de nuevo los terribles sueños que tanto la torturaban. Pero aunque así fuera, sabía que sólo en Padderton Hall podría recobrar su verdadera personalidad, lo que la haría llegar al final de la larga noche en que vivía desde hacía muchísimos años.

CAPITULO VI

La mujer tenía un puñado de estrellas en la mano y sonreía poseída por una intensa dicha. Tenía el largo cabello suelto y saltaba y danzaba por la habitación, de tal modo que las flotantes vestiduras de fino tejido se separaban a veces de su cuerpo, dejando ver su esplendorosa hermosura. Mientras danzaba, henchida de satisfacción, cantaba, pero no se oía ningún sonido de su boca. Luego, de pronto, corrió y lanzó el puñado de estrellas a un pozo...

Sally se despertó de golpe. La mujer que danzaba, semidesnuda, como una bacante de los tiempos antiguos; las estrellas que brillaban en sus manos con cegadores destellos multicolores... ¿qué significaba todo aquello?

A través de la ventana abierta entraba un rayo de luna. Una rana croaba a lo lejos. El susurro de las hojas de los árboles llegó claramente a sus tímpanos.

La bailarina y las estrellas que tenía en las manos y que luego lanzaba a un pozo... ¿Qué relación tenía aquel sueño con las horribles pesadillas que había padecido anteriormente? Para calmar sus nervios, encendió un cigarrillo y fumó a oscuras. Poco a poco, se fue relajando. Al final, dejó la colilla en el cenicero, se arrebujó entre las sábanas y concilió un sueño descansador y placentero, que duró hasta que el sol asomó por encima de las copas de los árboles.

Entonces se levantó y fue al baño. Una vez aseada, llamó a la puerta del dormitorio de su amiga.

Emma no contestó. Sally abrió la puerta. La cama estaba vacía. Debía de haberse levantado ya, calculó.

Bajó a la cocina. Charlie estaba friendo jamón y huevos.

—Buenos días, Charlie —saludó cortésmente—. ¿Ha visto a la señorita Emma?

—Ah, buenos días... No, no he visto a la señorita Emma. ¿Es que no está en su cuarto?

—Se levantó antes que yo... Bueno, no se preocupe; debe de andar por alguna parte. Ya aparecerá.

Sally aspiró fuertemente.

—Huele muy bien —sonrió.

—El desayuno estará en seguida, señorita. ¿Le gustan las tostadas?

—Sí, una, por favor.

Sally se sentó ante la mesa, preocupada por la ausencia de su amiga. Era algo que no acababa de entender. Emma estaba allí por afecto, no porque le gustase especialmente la vida campestre. De haberse tratado de otra clase de chica, habría dado por sentado que estaba dándose un paseo matutino, para disfrutar de la bondad de la amanecida. Pero Emma no era así.

Terminó de desayunar, más preocupada de lo que hubiera querido admitir. De repente, se abrió la puerta.

—¡Hola a todos! —Exclamó Emma—. Mejor dicho, hola a los dos. Llego tarde, ¿verdad?

Charlie, dispénseme; el tiempo se me ha pasado sin darme cuenta...

Sally tenía los ojos fijos en el redondo rostro de su amiga. Emma se dio cuenta de que Sally la miraba con reproche.

—He estado de conquista —murmuró Emma a media voz, aprovechando el momento en que la sartén hacía ruido al caer sobre ella dos huevos—. Es un chico guapísimo, sensacional; un Robert Redford, pero menos estirado... Luego te contaré, cariño.

Sally dulcificó el gesto. Pero pensó que no era conveniente decir nada a su amiga sobre los temores que había concebido. Además, ¿quién podía saber que ella era Sybil Warburton? Y, aunque fuese así, ¿qué interés podía tener alguien en hacerles el menor daño?

—Tomaré otra taza de té —dijo—, Charlie es un verdadero experto en hacer el té.

—Muchas gracias, señorita —dijo Charlie.

* * *

Sally subió lentamente las escaleras que conducían al primer piso. Era ya cerca de mediodía y, hasta entonces, había estado hurgando en un salón donde había un par de estanterías, con libros, aunque no demasiados. Los primitivos dueños de Padderton Hall no parecían tener un excesivo amor a la lectura. Pero aquella tarea había sido inútil; hasta el momento, no había podido encontrar nada que le permitiera obtener más datos de Sybil Warburton, de sí misma.

Al llegar al primer piso, se detuvo, indecisa. Pasados unos segundos, derivó a la izquierda y abrió una puerta, deteniéndose a contemplar durante unos instantes el interior de la estancia. Luego repitió la operación con algunas puertas más.

De pronto, sonó la voz de Emma a sus espaldas:

—¿Qué haces, Sally?

—El crimen se cometió en una de estas habitaciones —dijo la muchacha —. Yo lo vi.

—Bueno, sí, eso ya lo sabemos..., pero ¿qué interés puedes tener ahora en este dormitorio?

—¿Fue aquí? —Murmuró Sally con voz ausente—. Es curioso, he recordado la escena del crimen decenas de veces..., pero ahora no puedo identificar el lugar donde murieron dos personas.

—Sally, eres morbosa de veras —exclamó Emma enojada—. Hay momentos en que me arrepiento de haber accedido a venir aquí contigo. ¿Qué interés puedes tener en algo que pasó hace dieciocho años, como no sea el de olvidarlo todo de una forma absoluta?

Sally se volvió amistosamente.

—Perdona —rogó—. Tienes razón; estoy obsesionada por este asunto... Pero será mejor que me hables de tu enamorado. Dijiste que me lo contarías después del desayuno.

—Y tú echaste a correr o poco menos. Oh, no creas que es mi pretendiente ni mucho menos. Simplemente, lo vi fuera, mirando por la verja, y me acerqué a ver qué deseaba. Charlamos unos minutos, eso es todo. Me pareció amable, gentil...

—Como Robert Redford.

Es una broma, querida. Pero me he permitido invitarle a que visite Padderton Hall cuando guste. Es decir, si no tienes inconveniente.

Ninguno, Emma. ¿Cómo has dicho que se llama ese chico?

—Bueno, ya no es un adolescente. Debe de andar por los treinta años y... Su nombre es Roger Forbes v está pasando sus vacaciones en Westbury Village.

* * *

El hombre terminó sus compras y abonó el importe en buenos billetes de Banco. Luego cargó con los paquetes y se dirigió hacia la salida. El abacero se apresuró a abrirle la puerta.

—Buenos días, señor Miles. Salude a su tío Martin; es un buen amigo mío —despidió al cliente.

—Así lo haré, señor MacTappern.

Ron Barker estaba junto al mostrador y oyó el breve intercambio de frases entre los dos hombres. Cuando MacTappern regresó a su puesto, le hizo una pregunta:

—¿Quién es ese tipo, Mac?

—Charlie Miles, el sobrino de Martin Radd. Está en Padderton Hall para sustituirle. El viejo Martin se ha ido una temporada de vacaciones.

—Ah.

Barker no dijo nada más. Con los ojos entrecerrados contemplaba al individuo que cargaba los paquetes en el maletero del coche.

A los pocos momentos, Charlie se sentó tras el volante. Una rara sonrisa se dibujó en los labios de Barker.

—Conque Charlie Miles, ¿eh? —dijo.

Pero fue un pensamiento expresado con un murmullo, de modo que nadie más que él pudo escucharlo. Barker pidió un paquete de tabaco para su vieja pipa, pagó y salió a la calle.

El automóvil en que viajaba Miles se había perdido ya de vista. Barker contempló la carretera, en cuyas inmediaciones estaba Padderton Hall.

—Cualquier rato te haré una visita, Charlie Miles —dijo—. Sí, y va a ser una visita extremadamente fructífera sobre todo, para mí, claro.

* * *

—He pasado una velada muy agradable —confesó Roger Forbes.

Emma le miró melancólicamente. Sí, era un joven muy guapo, pero todo el tiempo había estado devorando con la vista a Sally. «Es lógico —pensó resignadamente—; Sally es toda una belleza, mientras que yo...»

Forbes se puso en pie.

—Si no les importa, voy a retirarme. Repito que son muy amables y que he pasado un rato muy agradable junto a ustedes —dijo.

—Venga a vernos siempre que guste, señor Forbes —invitó Sally—. Emma, ¿quieres acompañar...?

—Me duele un poco la cabeza —mintió la rubia—. Anda, acompáñalo tú, querida. Sally ocultó una sonrisa. La argucia de su amiga saltaba a la vista.

Forbes y la muchacha caminaron lentamente a través del parque.

—Todo esto es muy bonito —dijo él—. Me gustaría ser el dueño, para venir aquí en los fines de semana y durante las vacaciones.

—Oh, no se vaya a creer, yo no soy la propietaria, ni tampoco mi amiga Emma.

Simplemente, hemos alquilado la residencia para tres meses.

—Oh, comprendo. De todos modos, han hecho una elección muy afortunada... pese a lo ocurrido aquí hace muchos años.

—¿Se refiere al doble crimen que cometió un tal Robertson, señor Forbes?

—Claro, ¿a qué otra cosa podría referirme? Pero ustedes son muy valientes, supongo.

—No, no nos dan miedo los muertos ni sus posibles fantasmas —rió Sally —. El lugar es muy tranquilo y apacible, lo que lo hace ideal para nosotras. ¿Conoce usted la historia del crimen, señor Forbes?

—Sí, aunque sin demasiados detalles, sólo lo que he oído durante mi estancia en el pueblo. Fue algo horrible, creo.

—Eso dicen. Y el motivo, parece, los celos.

—¿Los celos? Aunque hace ya muchos años, eso es algo que no se estila en nuestro país, me parece.

—Siempre que hay un amorío de por medio, cabe la posibilidad de unos celos malignos, aunque no sea frecuente.

—Eso es cierto. Sin embargo, yo he oído decir que, aparte de los celos, que pudieron existir, hubo otra razón para el crimen.

—¿Qué razón es ésa, señor Forbes?

—Algo de mucho valor... —El joven policía quería tantear a Sally—. Tal vez... unas joyas...

—¿Joyas? —Sally hizo un gesto de extrañeza—. No he oído nada sobre ese asunto.

—Bueno, quizá se trata de exageraciones de la gente. Ya sabe, cuando ocurre algo particularmente morboso, la imaginación se desata de una forma escandalosa. De todos modos, no me haga caso; sólo he repetido lo que me han contado.

Habían llegado ya a la verja y Forbes la abrió. Sally le dio la mano.

—Hasta que guste —dijo.

—Gracias.

Sally permaneció unos momentos inmóvil junto a la verja, contemplando la figura que se alejaba en dirección al pueblo. Forbes había llegado a pie, a fin de hacer un poco de ejercicio, según había dicho. Pero esto no la preocupaba.

Volvió lentamente a la casa. Emma estaba en su dormitorio.

—Te has enfadado conmigo —dijo Sally.

—Oh, querida...

—Siento lo ocurrido. Roger vino por ti y... se ha dedicado descaradamente a galantearme... Le diré que no vuelva más...

—Oh, no, por favor. —Emma estaba sentada en la cama y se puso en pie rápidamente—. Quizá me hice demasiadas ilusiones, y eso que sólo lo había visto una sola vez. Pero ¿quién puede lijarse en este barril con patas de luchador y pecho vacuno?

Sally abrazó a su amiga.

—Vamos, vamos, Emma, no tires piedras a tu propio tejado —dijo cariñosamente—. Estás un poco gordita, pero tú tienes buena parte de culpa. Si me hicieras caso, comerías un poco menos, harías más ejercicio... Además, hay hombres a los que les gustan las chicas rellenitas y no los espárragos como yo.

—Sí, pero esos hombres no tienen cara de Robert Redford. Suelen ser rudos, gesticulantes, comedores de cebolla cruda, trasiegan cerveza como camellos sedientos, son aficionados al fútbol y se pasan media vida vendo y viniendo a los estadios, organizando unos es cándalos tremendos...

Sally se echó a reír.

—Eres muy pesimista, querida. Y sólo tienes dos años más que yo, así que no debes desesperar. Algún día encontrarás a tu príncipe azul, te lo aseguro.

Emma suspiró de tal modo, que las costuras de su sujetador crujieron alarmantemente.

—Bueno, tampoco hay por qué preocuparse demasiado —dijo—. Si el hombre llega un día, bien. Si no... peor para él. Por cierto, ¿qué dice el galán? ¿Cuándo vuelve?

Sally se puso una mano en la barbilla.

—Roger ha dicho algo muy extraño —murmuró—. Es curioso, eso parece relacionado con otro de mis sueños.

—Oh, no, más sueños no, querida —exclamó Emma, a la vez que se daba una palmada en la frente. De pronto, sintió una viva curiosidad y añadió—: Bueno, ¿y que es esa cosa tan extraña que te ha contado Roger?

—Uno de los motivos del doble crimen. Parece ser, y todo el mundo lo dijo en su tiempo, que el motivo eran los celos. Pero creo que hay unas joyas valiosas de por medio.

—¡Joyas! —resopló Emma.

—Sí. Y yo veo a una mujer que baila, semidesnuda, muy contenta, con un puñado de estrellas en las manos... Canta, pero no consigo oír lo que dice, y

luego arroja las estrellas a un pozo... Esas estrellas pueden ser las joyas, ¿no te parece?

—Si lo dices por el brillo de las piedras preciosas... Pero nunca me habías hablado de este sueño, Sally.

—Es relativamente reciente y no me causa daño psíquico. Pero hoy, cuando Roger ha mencionado lo de las joyas, yo me pregunto si ese sueño tiene también su base en algún hecho real.

—Sally, cada vez parece más Obvio que has estado aquí antes —dijo Emma—. Ya no cabe la menor duda que esos sucesos acaecieron hace dieciocho años, cuando tú tenías cinco, más o menos. También es cierto que eres Sybil Warburton. Pero lo que interesaría ahora es averiguar por qué tuviste que cambiar de identidad, qué pasó después de tu escapatoria de Hallymount Forest, adónde fuiste a parar y qué sucedió para que no recuerdes ese pasaje de tu vida y que un buen día, sin saber cómo, aparecieses bajo la identidad de Sally Vaughan. ¿No crees que ése es un misterio que convendría aclarar mucho antes que lo que se refiere a tus sueños? Por otra parte, y en relación con los crímenes de dieciocho años atrás, quizá haya gente en Westbury Village que pueda darte más información al respecto, aparte de lo que nos contó Barker.

—Sí, creo que tienes razón —convino Sally—. Pero ahora empiezo a sentirme mejor y tengo un poco de miedo a las recaídas. Emma, yo pienso que lo mejor es dejar pasar un poco de tiempo. Aquí estamos muy bien y en un ambiente sumamente agradable. Un día, sin embargo, tendremos que hacer un viaje a Hallymount Forest, a fin de averiguar todo lo que se refiere a mi verdadera personalidad.

—Así podrás reclamar tu herencia —sonrió Emma.

—Reclamar mi herencia importa menos que alcanzar el final de esta larga noche en que me encuentro sumida desde hace tiempo —dijo Sally un tanto melancólicamente—. ¡Pero lo conseguiré! —añadió con acento lleno de resolución.

CAPITULO VII

A pesar de los años transcurridos, Ron Barker no había olvidado sus antiguas mañas. En más de una ocasión había conseguido franquear la tapia que encerraba la posesión, sin que nadie se enterase de sus incursiones. Hubo un tiempo en que en Padderton Hall había un criadero de faisanes y él había entrado más de una vez a llevarse uno para su cazuela. La vieja puertecita de hierro que era la salida del lado Oeste, continuaba en su sitio, sin que nadie se hubiese ocupado de inutilizarla, tapiando el hueco. Barker sabía cómo abrir aquella puerta que ahora nadie empleaba.

Por la puertecita de hierro había escapado la niña perseguida por el enloquecido asesino. En aquella época, solía estar abierta casi permanentemente, a fin de que los moradores de la casa pudieran salir a pasear por los prados vecinos. De no haber sido por el hueco, la chiquilla no habría podido salvarse.

Barker abrió la puerta muy poco a poco. Era ya de noche y convenía evitar el chirrido de unos goznes que no habían recibido un poco de aceite desde Dios sabía cuándo. Al final, consiguió hacer un hueco suficiente para pasar al otro lado.

Conocía bien el parque y no se extravió en su ruta hacia la casa. Había algunas luces encendidas en el primer piso. Allí estaban las chicas, en sus dormitorios. ¡Qué poco se imaginaban aquellas encantadoras jóvenes que el asesino habitaba bajo el mismo techo!

Pero ahora Robertson no cometería ningún crimen, pensó Barker. No iba a arriesgarse a perder la libertad de nuevo y esta vez definitivamente. Un hombre astuto, el tal Robertson, ahora haciéndose pasar por el sobrino del viejo Radd. Bien, era un secreto que compartían entre dos... y que no convenía fuese conocido de más personas, sobre todo, si se pensaba en los motivos que habían llevado a Robertson nuevamente a Padderton Hall.

Rodeó la casa. Sí, había luz en la cocina. Barker sonrió torcidamente. El buen Robertson... ahora desempeñando el papel de pacífico y servicial criado, fregando los platos y arreglando la cocina como una sirvienta cualquiera.

Llegó a la puerta e hizo girar el picaporte. Miles tenía un plato en las manos y Te miró inquisitivamente.

—¿Cómo ha llegado aquí? —preguntó.

—Conozco bien la propiedad —dijo Barker sonriendo. Se apoyó en la prolongación del fregadero con aire indolente—. Pero no tema, no he venido a robar.

—Eso espero —contestó Miles fríamente—. Porque si intenta llevarse aunque sea una lata vacía, le daré tal paliza, que no podrá moverse en un par de meses. Además, ¿quién diablos es usted?

Barker vio unas galletas en un plato. Cogió una y empezó a mordisquearla.

—Hace dieciocho años, yo tuve que dispararle un tiro. Siento lo ocurrido,

pero no podía consentir que matase también a la niña —dijo.

—Ah, usted es...

—Sí, señor Robertson. Soy Ron Barker, el hombre que evitó que usted cometiera aquel día el tercer asesinato. ¿Sabe?, debe de parecerse bastante al sobrino de Radd, porque el viejo Martin le ha tomado como tal sin poner obstáculos. Claro que Martin está cada día peor de la vista... hace tiempo ya que debería haberse comprado otros lentes, pero eso no importa mucho ahora, ¿verdad?

—Señor Barker, para ser sinceros, usted ha venido a pedirme dinero —dijo Miles.

—Sí, seamos francos. No soy rico, ni mucho menos, y unos cientos de libras me vendrían bien. Oh, por supuesto, no podrían hacerle nada por suplantar al sobrino de Radd, o no le harían gran cosa, pero a la gente le extrañaría muchísimo su presencia de nuevo en Padderton Hall. Por cierto, ¿ha encontrado los diamantes?

—Conque es eso —murmuró Miles.

Barker se limpió con el dorso de la mano unas migas de galleta que habían quedado sobre la pechera de su camisa.

—Sí, son los diamantes. Mire, a mí no me interesan esos pedruscos. Lo que quiero son billetes de Banco. ¿Comprende?

—Por supuesto. Pero me gustaría hacerle una pregunta, señor Barker.

—Hágala... Robertson, perdón, señor Miles.

—¿Cómo se enteró usted del asunto de los diamantes?

—Oh, tuve que declarar un montón de veces después de lo que ocurrió en esta casa. Oí algo sobre el asunto a unos policías y sé que se marcharon por fin sin encontrar un solo pedrusco. Luego, al verle a usted en Westbury, me imaginé lo qué sucedía y... Eso es todo. Charlie.

Miles sonrió.

—Le diré una cosa: es usted muy astuto. Sí, he encontrado los diamantes —manifestó.

—Pero no va a marcharse ahora, para no hacerse sospechoso. Esperará, sin duda, la vuelta de su tío y entonces dirá más o menos que se va un par de días fuera... y desaparecerá, convertido en humo.

—Exactamente, señor Barker.

—Llámeme Ron, se lo ruego.

—Sí, Ron. ¿Le gustaría ver los diamantes?

—Hombre, por curiosidad... Pero me gustaría más ver el dinero.

—Para todo habrá tiempo, Ron.

Miles metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó una llavecita, con la que abrió la puerta de una alacena situada en el último rincón de la cocina.

—Venga, Ron.

Barker avanzó unos pasos. Asomó la cabeza por el hueco y miró en todas direcciones.

—Aquí no hay nad...

Su voz se cortó en el acto, debido al seco golpe que Miles acababa de propinarle con el canto de la mano derecha. Aunque no perdió por completo el conocimiento, cayó de rodillas, con los ojos llenos de chispas y un intensísimo dolor en la región afectada por el golpe. Había perdido las fuerzas por completo y se sentía tan débil como un niño de pocos años.

A través de una espesa bruma, vio que Miles se inclinaba, asía la anilla de hierro que había en el suelo y tiraba hacia arriba. Un negro y pestilente hueco apareció ante sus ojos llenos de terror.

Todavía estaba acuclillado. Un pie se apoyó en sus posaderas y empujó con fuerza. Barker saltó hacia adelante y se precipitó en el pozo. Su grito de terror se alejó rapidísimamente.

Miles se dispuso a cerrar la trampilla, pero cuando estaba a mitad, la anilla resbaló de sus dedos momentáneamente sudorosos y el cuadrado de recias tablas cayó pesadamente sobre el marco horizontal, produciendo un resonante estruendo. En el silencio de la noche, el ruido pareció el estampido de un cañonazo y llegó hasta las habitaciones superiores.

Sally estaba en la cama, con un libro en las manos, y percibió el ruido, que causó una ligerísima vibración de los cristales. Un tanto alarmada, escuchó con atención, pero el sonido no volvió a repetirse.

La puerta del dormitorio se abrió segundos después. Emma, envuelta en una bata, con los rulos en el pelo, se asomó.

—¿Has sido tú, Sally? —preguntó.

—No, creo que ha sido en la planta baja... A Charlie se le habrá caído algo pesado, supongo.

—Sí, eso debe de ser. —Emma se mordió los labios—. De todos modos, bajaré a ver qué pasa.

—Mujer, no le molestes...

Pero Emma ya no la escuchaba. Segundos más tarde, se asomaba a la cocina. Charlie estaba arrodillado junto a la gran mesa que aparecía volcada.

—¡Señorita Emma! —exclamó—. ¿La he asustado? Emma sonrió.

—No, me intrigó el ruido...

—Estaba limpiando la mesa y debí emplear más fuerza de lo normal —dijo Miles—. Además, debe de haber una pata en malas condiciones... De lo contrario, no se comprende que la volcase con tanta facilidad. Trataré de arreglarla.

—Pero mañana, hombre; ya es tarde —dijo Emma—. No se tome las cosas tan a pecho, Charlie.

Miles puso la mesa en su posición normal.

—No quiero que mi tío tenga quejas cuando vuelva contestó.

—No habrá quejas, sino elogios. Buenas noches, Charlie.

—Buenas noches, señorita Emma.

Al quedarse solo, Miles se mordió los labios. Durante unos segundos, se sintió preocupado. Luego pensó que Barker había acudido a Padderton Hall sin comunicar a nadie sus intenciones. Por tanto, no había en el pueblo

ninguna persona que estuviese enterada de su visita al caserón.

Sin embargo, luego, cuando las chicas estuviesen dormidas, iría a cerrar la puertecita de hierro. Había que asegurarla bien, a fin de que nadie volviese a utilizarla.

Emma se asomó de nuevo al dormitorio de Sally.

—No ha sido nada —dijo—. Tú tenías razón; Charlie estaba limpiando la mesa grande y se le volcó. Descansa, querida.

—Buenas noches, Emma —sonrió Sally.

* * *

—De modo que el viejo cuidador de Padderton Hall se ha marchado de vacaciones y en su lugar está un sobrino, que dice llamarse Charlie Miles y que tiene unos cuarenta y ocho años.

—Así es, papá. Yo no conozco personalmente a Robertson, pero apostaría algo a que se trata de él. Por supuesto, Radd esperaba a su sobrino; me lo dijeron las chicas. Pero ¿quién sabe si no es Robertson, que ha tomado el puesto de ese sobrino desconocido? — dijo Roger Forbes.

—Pudiera ser —murmuró preocupadamente el inspector Forbes—. Una cosa es cierta: no sabemos dónde está Robertson. Desapareció un par de días antes de la muerte del doctor Crandall y no tenemos el menor rastro de al.

—Vigilaré —aseguró el joven rotundamente—. No creo que Robertson intente nada contra las muchachas; creo que debe de estar más interesado en los diamantes...

—¿Confías en ellas, Roger?

—Creo que se puede confiar, papá.

—Entonces, cuéntales lo ocurrido y que ellas vigilen al sobrino del guarda de la propiedad. Tenme informado, hijo.

—Descuida.

—Y si notas algo sospechoso, con un mínimo de base para acusarlo, arresta a Robertson —concluyó tajantemente el inspector Forbes.

Estaba colgando el teléfono todavía, cuando se asomó el sargento Cadogan y le dio una asombrosa noticia:

—Señor, Jared Robertson está aquí y desea verle. El inspector Forbes se quedó con la boca abierta.

—Robertson —repitió.

—Sí, señor. ¿Qué le digo?

—Vamos, hombre, hágalo pasar inmediatamente.

Jared Robertson entró en el despacho, segundos más tarde, con el sombrero en la mano.

—¿Inspector Forbes?

—Sí. Siéntese, señor Robertson.

—Gracias.

Hubo un instante de silencio. Forbes empezó a cargar su pipa, mientras

dejaba que el visitante tomase la iniciativa.

Al fin, Robertson dijo:

—Inspector, he venido a verle, porque quiero deshacer una serie de equívocos que pesan sobre mi persona. He estado dieciocho años en la cárcel y no siento el menor deseo de volver allí.

—Lógico — convino Forbes, coa la pipa firmemente sujeta por los dientes,

—He leído los periódicos. No se afirma nada rotundamente, pero se me cree complicado en otras dos muertes: las de los doctores Lowell y Crandall. Eso es absolutamente incierto, y puedo probarlo, mediante las coartadas oportunas.

—Si es así, mejor para usted, señor Robertson.

—El doctor Lowell murió hacia las seis de la tarde, atropellado por un automóvil. A esa hora, y puede comprobarlo mediante una simple llamada telefónica, yo estaba en la oficina del presidio, firmando mis documentos de indulto. Y de Londres a Dartmoor hay alguna distancia, me parece.

—No cabe la menor duda ¿Cuál es la segunda coartada? Robertson le entregó una tarjeta.

—Me hospedo aquí —dijo—. Según los diarios, el doctor Crandall murió hacia las siete de la tarde. Ese día y a esa hora, yo estaba en la habitación del hotel en donde me hospedo. Compruébelo, por favor... aquel día, no tenía ganas de salir y, unos minutos antes de las siete, una de las camareras subió a mi habitación y me sirvió un par de botellas de cerveza y unos bocadillos. La chica no me conocía y se insinuó descaradamente. Pero yo no sentía deseos de... usted va me comprende, inspector.

Forbes asintió gravemente.

—Comprobaremos sus coartadas y me alegrare de ver que son ciertas. Pero, dígame, ¿no piensa volver por Padderton Hall?

—¿Por qué iba a volver a aquel lúgubre sitio? No son buenos los recuerdos que conservo... Sí, ya sé que me porté como un salvaje sediento de sangre... y que hasta quise matar a la niña... Le diré francamente una cosa, inspector: yo odiaba a aquella maldita chiquilla. Siempre estaba detrás de las puertas, mirándolo todo, curioseando incansablemente con sus enormes ojos oscuros, sin apenas pronunciar una sola palabra... y cuando hablaba, era para hacer preguntas que crispaban los nervios ...

—La niña podía ser una criatura repelente, pero usted no quiso matarla solamente por el odio que sentía hacia ella —dijo Forbes muy serio.

Robertson se pasó una mano por la frente.

—Sí, ya lo sé. Ella me vio cometer el crimen... Yo había perdido la cabeza; estaba loco, poseído por la demencia...

—Pero con la suficiente sensatez para saber que la niña podía delatarle.

—Es cierto.

—Y también es cierto que usted no cometió su doble crimen sólo por los celos, aunque éstos fuesen el factor desencadenante del suceso. Usted se vio engañado, burlado... y no sólo en el aspecto amoroso, ¿verdad?

Robertson bajó la cabeza.

—Yo había hecho todas las operaciones y corrido los riesgos para conseguir los brillantes, aunque no los llevé personalmente a Padderton Hall —manifestó—, Pero cuando los vi juntos, revolcándose en la cama como bestias en celo, comprendí que también me engañaban con los diamantes...

—¿Dónde están, señor Robertson?

—No lo sé, se lo juro, inspector. Ellos los escondieron... y en Padderton Hall hay sitios de sobra para esconder algo que cabe de sobra en el hueco de la mano...

—Eso es verdad —reconoció Forbes—. Nosotros lo registramos todo y no pudimos encontrarlos. Bien, señor Robertson, como he dicho antes, comprobaremos sus coartadas. Si son ciertas, y así lo espero, entonces la ley no tiene nada contra usted. Ni siquiera por el asunto de los diamantes... a menos que le dé por buscarlos y quiera quedárselos.

—No lo haré —aseguró Robertson.

Momentos después, Forbes se quedaba solo. Alargó la mano hacia el teléfono y pidió que le pusieran en comunicación con su hijo Roger. Era preciso comunicarle lo que sucedía. Pero el asunto de los diamantes debía seguir adelante.

CAPITULO VIII

Emma entró en la cocina, vio los fuegos apagados y se dispuso a encender uno para calentar el agua del té. De pronto, arrugó la nariz.

—Este lugar no huele demasiado bien —murmuró.

Abrió los grifos. El agua corrió libremente por las dos piletas del fregadero. Seguramente, había alguna porquería estancada y era la causa del mal olor, por otra parte, no demasiado pronunciado.

Sally estaba en la terraza, con una carpeta en las manos. De cuando en cuando, escribía algunas frases. Estaba bosquejando el tema para un cuento infantil. De pronto, vio a un hombre que ascendía por la primera escalinata. Charlie salió a su encuentro y los dos hablaron brevemente. Luego, Roger Forbes continuó su camino.

Sally se puso en pie.

—Me alegro de verle —dijo.

—Seguramente, la he interrumpido —sonrió Forbes—. Veo que estaba trabajando...

—Oh, puedo hacerlo cuando guste; no tengo prisa, nadie me apremia... Emma está dentro, preparando el té. Le diré que ponga una taza más.

—Por favor, no se moleste. Cuando salga... Señorita Vaughan, ¿me permite que le diga una cosa?

—Sí —Sally miró con los ojos muy abiertos a su visitante—. ¿Qué sucede, señor Forbes?

El joven sacó su documentación. Sally se quedó pasmada al darse cuenta de que tenía ante sí a un hombre de Scotland Yard.

—Nunca me imaginé... Pero si está aquí por la cuestión de los asesinatos, Robertson ya pagó...

—Eso está fuera de la cuestión —contestó Forbes—. Lo que interesa son los diamantes. Doscientas mil libras en brillantes, que llegaron aquí y no se han encontrado hasta ahora.

Sally se mordió los labios.

—El sueño —murmuró.

—¿Cómo dice?

La muchacha vaciló un instante. Emma salía en aquel momento, con la bandeja en las manos y lanzó un grito de alegría:

—¡Roger!

Forbes se puso en pie.

—Hola, Emma —saludó.

—Traeré otra taza —dijo la rubia—. Sally, sírvele mientras tanto.

—Sí, querida. —Al quedarse solos, Sally añadió—: Señor Forbes, o sargento Forbes, como prefiera...

—Prefiero que me llame Roger, como hace su amiga.

—Bien, Roger. Lo que quería decirle es que no deseo ocultar nada a

Emma. Tengo muchas cosas que contarle, pero todo lo que usted deba decirme, lo hará en presencia de Emma.

—¿Es su abogado? —sonrió Forbes.

—No, pero no tengo secretos para ella...

—Están poniéndome verde —dijo Emma, que llegaba en aquel momento con la taza y el plato.

—Nada de eso querida, sólo le decía al sargento Forbes que no debe decir nada si tú no estás delante.

Emma miro al joven.

—Sa... sargento Forbes...

—Sí, de Scotland Yard.

—¡Jesús, Jesús! Voy a sentarme o me desmayaré —exclamó Emma pintorescamente—.

Las sorpresas que se lleva una en este pícaro mundo...

* * *

—De modo que llegaron a sospechar que Miles era Robertson —dijo Sally, después de las explicaciones pertinentes por ambas partes.

—Así es —contestó Forbes—, Pero, según parece, está en condiciones de probar su absoluta inocencia en las muertes de los dos psiquiatras.

—No entiendo por qué tuvieron que morir. Yo me trataba con ellos de las pesadillas que sufría..., aunque debo decir que me sentía mucho más confortada con el doctor Lowell. Pero cuando éste murió, tuve que recurrir a Crandall. Últimamente, por fortuna, me encuentro más mejorada, aunque el sueño de la mujer que baila, con los diamantes en la mano, se ha repetido con alguna frecuencia.

Forbes conocía ya los sueños v pesadillas de la muchacha.

—Una mujer de pelo negro... Nancy Braigh, seguro. Se dice que tenía una hermosísima cabellera negra...

—Según la veo yo en mis sueños, así es. Luego arroja las piedras a un pozo... Al menos, me parece un pozo. Pero no consigo recordar más detalles, ni siquiera estando plenamente despierta.

—Quizá se recuerda menos cuando se está despierto, sobre todo, tratándose de ciertos hechos presenciados en la niñez, cuando la memoria no está todavía desarrollada de un modo totalmente eficaz. Y aun así, cuando ya se es adulto, la memoria nos juega muchas veces malas pasadas —dijo Forbes.

—Tan malas, que no consigo recordar cuándo me escapé del orfanato ni qué pudo pasar después, para cambiar de identidad. Vivo como Sally Vaughan y soy Sybil Warburton, pero no puedo probarlo.

—¿Por qué no va usted a Hallymount Forest? —sugirió el joven.

—¿De qué me serviría? Sí, allí me dirían que escapé cuando aún no había cumplido los dieciséis años, pero lo que me interesa es saber lo que sucedió a

continuación. Algún día iré a que comprueben mi personalidad, pero la herencia me corre menos prisa que saber por qué me llamo Sally Vaughan y no consigo recordar el momento en que adquirí esta nueva personalidad.

Forbes tosió.

—Tal vez... sufrió algún trauma después de su marcha del orfanato...

—¿Trauma? ¿Qué clase de trauma, Roger?

—Pues... una violación... A veces, la chica violada cae en un estado de profunda amnesia... Pudieron recogerla después y... Si sucedió después de un tiempo relativamente corto desde su escapatoria, no tendría documentación. La llevarían a algún hospital, luego la tendrían en observación un tiempo...

—Una violación —respingó Emma.

—Siento ser tan crudo, pero es una posibilidad —dijo Forbes—. Aunque no llevo tantos años en la policía, he visto más de un caso como el descrito. Hay mujeres que no consiguen sobreponerse al shock causado por la violación.

—Sí, pero, en tal caso, ¿por qué me dieron este nombre? —preguntó Sally. Forbes hizo un gesto con las manos.

—Francamente, lo ignoro y no se me ocurre ninguna hipótesis al respecto —contestó.

—De todos modos, hay algo curioso. Y Emma lo sabe.

—¿Qué es, Sally? —preguntó la aludida.

—Yo nunca había padecido estas pesadillas, o al menos, no lo recuerdo. Pero los sueños empezaron a raíz de la muerte del doctor Lowell. Tú lo sabes bien, Emma.

—Es cierto —corroboró la rubia—. Y muy extraño —añadió.

—Todos los documentos referentes a usted desaparecieron, tanto en casa de Lowell como en la de Crandall. Me pregunto si esto no tendrá que ver con los diamantes —dijo Forbes.

Sally se puso las manos en las sienes.

—Si yo pudiera recordar con toda claridad el sitio donde los arrojó la mujer... Forbes se puso en pie.

—No hay prisa —sonrió—. Por favor, no divulguen mi personalidad.

—Váyase tranquilo, Roger.

Emma le miró críticamente de pies a cabeza.

—Tan joven... y ya un competente sargento del Yard —comentó.

—Tengo treinta años y, aunque no es frecuente, debo decir que la posición de mi padre no ha influido en absoluto en mi carrera —aseguró Forbes.

—Mucho mejor todavía, buen mozo —rió Emma. Forbes se ruborizó ligeramente.

—Volveré a verlas —se despidió.

Cuando el joven se hubo alejado lo suficiente, Emma dijo:

—Sally, no dejes pasar la ocasión. Échale el lazo y arrástralo a la vicaría. Porque si no lo haces tú, lo hará otra y... —suspiró desaforadamente—, por desgracia, esa otra no seré yo.

—Quizá está comprometido —sonrió la muchacha.

—Quizá..., pero puedes desbancar a la otra con el dedo meñique.

A lo lejos, Charlie hacía funcionar la segadora de césped. El motorcito de la máquina petardeaba rítmicamente y rompía el silencio de la tarde.

* * *

De pronto, en la quietud de la noche, Emma creyó oír un ruidito en la planta baja.

—¿Ladrones? —murmuró.

La alta tapia protegía la propiedad, pero no había sistemas de alarma. Un intruso podía saltar y entrar a robar en la casa. No encontraría objetos de demasiado valor, pero, según qué personas, algunas cosas podían representar mucho para sus menguadas economías.

El mido se repitió. Era como si alguien estuviese haciendo algo indebido y, a pesar de sus esfuerzos, no pudiera mantener un silencio absoluto.

Emma encendió la luz, apartó a un lado las ropas de la cama y se puso la bata y las zapatillas. Corrió al baño, lo atravesó y abrió la puerta de comunicación.

Respiró aliviada. Sally dormía plácidamente.

Regresó a su cuarto. Los sonidos procedían de la planta baja. Iría a ver y... Repentinamente, se apagaron las luces.

Emma se sintió presa de un vivísimo terror. ¿Quién había entrado en la casa? ¿Qué pretendía hacer el intruso?

A tientas, llegó hasta el lecho y, contorneándolo, alcanzó su mesilla de noche, en donde había una palmatoria con una vela y una caja de cerillas. Las manos le temblaban como si estuviese azogada y necesitó realizar dos intentos para conseguir encender el primer fósforo.

Cuando vio luz, respiró aliviada. Pero la corriente seguía faltando en la casa.

Lentamente, se acercó a la puerta y abrió. Miró hacia abajo. A través de los barrotes de la barandilla, podía verse parcialmente el vestíbulo.

Charlie estaba abajo, con una linterna en la mano, haciendo algo que no podía divisar con claridad. Se hallaba junto a una de las paredes, hurgando en un hueco.

—¿Están allí los diamantes? —murmuró.

De repente, se encendieron las luces. Emma apago rápidamente la vela y la dejó sobre una consola situada junto a la puerta. Luego salió al pasillo.

Charlie no se había dado cuenta todavía de su presencia. Ella se acercó a la balaustrada. De pronto, Charlie se volvió.

—Ah, señorita Emma —dijo.

—¿Sucede algo, Charlie?

—¿La he molestado? Tuve que cambiar un fusible... Me pareció que la intensidad de la luz era inadecuada y vine para ver de solucionar el problema,

antes de que sucediese algo peor. Lamento haberla asustado...

—No me he asustado. Charlie, muchas gracias. Simplemente, estaba leyendo y me intrigaron algunos ruidos, llegué a pensar que se trataba de un ladrón.

—Era yo, señorita Siento mucho haberle causado tantas aprensiones. Le ruego me disculpe.

—No su preocupe. Buenas noches, Charlie.

—Buenas noches, señorita.

Emma volvió a su cuarto y cerró la puerta. Mientras se quitaba la bata, pensó que no era muy seguro que Charlie le hubiese dicho la verdad.

—Yo no he notado disminución de la intensidad de la luz —murmuró, cuando ya se estiraba dentro del lecho. ¿Y si lo que hacía Charlie era buscar los diamantes?

Con el embozo de las sábanas hasta el cuello y sujetándolo con las manos, se preguntó si no sería conveniente que Forbes investigase acerca del sobrino de Martin Radd.

Doscientas mil libras en diamantes, eran muchas libras. Una suma capaz de tentar al más honesto, se dijo.

Al fin, el sueño le venció y se disiparon todas sus preocupaciones.

Por la mañana se levantó y bajó a la cocina. El jamón en la sartén despedía un olor exquisito.

—Buenos días, Charlie.

—Buenos días, señorita. Siéntese, por favor; el desayuno estará en seguida.

—Gracias.

Emma agarró una galleta y la mordisqueó distraídamente. De pronto, se le ocurrió una idea.

—Charlie, ¿sabe usted si hay un pozo en la casa?

Emma había hecho la pregunta con aire intrascendente, sin añadir que el supuesto pozo era algo que su amiga había visto en sueños. Miles se volvió lentamente hacia ella.

La joven se asustó. En la mirada de Miles había una expresión horripilante. Durante un segundo, Emma creyó hallarse ante una visión rediviva del monstruo de Frankenstein. En aquel breve espacio de tiempo, sufrió una intensísima agonía. Miles se arrojaría ahora sobre ella y...

Pero, de pronto, Miles sonrió apaciblemente.

—No, señorita, no hay ningún pozo en esta casa —aseguró—. ¿Quién le ha dicho semejante cosa?

Emma hizo una mueca.

—Oh, se me había ocurrido... Hay agua corriente y pensé que venía de un pozo, mediante una bomba...

—El agua va, mediante la bomba, a unos depósitos situados bajo el tejado, en el ático, señorita.

—Bueno, eso satisface mi curiosidad —dijo Emma. Sally entró en aquel instante.

—Buenos días —saludó. Vio a Emma terriblemente pálida y se alarmo—. ¿Te pasa algo? ¿Estás enferma?

Emma agitó una mano.

—Ya sabes, cosas de mujeres —contesto desenvueltamente.

CAPITULO IX

El abogado Hyle se retrepo en su sillón y, con el cabo del lápiz, que tenía en la mano, empezó a darse golpecitos en los dientes.

—De modo que Sally Vaughan, según usted, es Sybil Warburton —dijo. Forbes asintió.

—Para mí, no cabe la menor duda, abogado —contestó.

—Resulta extraño —dijo Hyle— Si es la dueña de Padderton Hall, ¿por qué no le dijo desde el primer día?

—No puede probarlo. Sally..., la señorita Vaughan padece de cuando en cuando ciertas pesadillas...

Forbes explicó detalladamente al abogado cuanto sabía sobre el particular. Hyle se mostró muy interesado en el caso.

—Al menos, eso demuestra la honestidad de la señorita Vaughan —dijo—, Padderton Hall tiene hoy día un gran valor, aparte de las cincuenta mil libras que hay en el Banco y que no son cosa desdeñable. Otra cualquiera, tal vez, habría recurrido a procedimientos poco éticos, para conseguir lo que, a fin de cuentas, le pertenece legalmente.

—A ella le interesa más llenar ciertas lagunas de su memoria, aunque, como es de suponer, no desdeña la herencia. Pero yo la comprendo, porque me imagino debe de resultar muy desagradable vivir sin saber qué ha pasado en determinadas épocas de la existencia.

—En eso le doy la razón por completo, sargento.

Ahora bien, en Hallymount Forest tal vez podrían conseguirse documentos...

—¿Qué documentos? Una chica que no ha cumplido los dieciséis años, se parece muy poco a la que ya tiene veintitrés. Aunque nos dieran una fotografía, el simple parecido no sería suficiente para demostrar cumplidamente su personalidad.

—Sargento, olvida usted una cosa —sonrió Hyle.

—¿Sí?

—Las huellas dactilares. Forbes parpadeó.

—Es verdad —admitió—. Soy un estúpido... En lugares como Hallymount Forest se suelen tomar las huellas a las internas.

—Exactamente —dijo Hyle—. Y usted, como experto policial, podría hacer la comparación entre las huellas que le enviasen del orfanato y las que tome a la señorita Vaughan.

—El caso es que yo no... —Forbes se mordió los labios—. Personalmente, no me conviene abandonar Westbury Village. Al menos, por ahora.

—Oh, no se preocupe. Escribiré al orfanato, como abogado de la señorita Warburton. Si me pusieran inconvenientes, recurriría a ustedes. Su padre, me imagino, podría enviar a un agente, para tomar fotografías del expediente de Sybil.

—Hágalo, se lo suplico. Creo que será mejor que actúe usted en su calidad de administrador de los bienes de la señorita Warburton. Por ahora, me parecería in- conveniente que se divulgase la noticia de que la policía vuelve a tener interés en un caso oficialmente cerrado hace dieciocho años.

—Muy bien, déjelo de mi cuenta. Le avisaré apenas tenga la respuesta del orfanato. Y, a propósito, ¿ha visto usted a Barker?

Forbes arqueó las cejas.

—¿Barker? ¿El cazador que hirió a Robertson?

—Sí. Hace un par de días que no lo veo y me preocupa. Tenía que asesorarme sobre un setter que quieren venderme. Aunque la parezca mentira, con mi aspecto, soy aficionado a la caza, sargento —sonrió Hyle.

—Lo siento, pero no he visto a Barker. He hablado con él varias veces y le he hecho repetir lo que hizo en aquella ocasión, pero hace un par de días que no le he visto por la taberna.

—Andará por ahí..., aunque me sentiría mucho más tranquilo si le viese borracho debajo de una mesa.

—Trataré de buscarlo. Gracias por todo, abogado.

—Cuente con mi discreción, sargento.

Forbes salió a la calle y encendió un cigarrillo. Estuvo inmóvil unos segundos y luego, de pronto, echó a andar en dirección a Padderton Hall.

* * *

Estaban en la terraza. Sally, con su libreta de apuntes. Emma tenía sobre las rodillas un pequeño tablero, al que había sujetado una hoja de papel con cuatro chinchetas. Hacía un esbozo para la ilustración de una de las páginas de un cuento infantil.

Sally miró furtivamente a derecha e izquierda. Estaban solas. .

—Eres una mentirosa, Emma —bisbiseó.

El carboncillo tembló ligeramente en la mano de la chica regordeta.

—¿Por qué lo dices, Sally?

—Cuando entré en la cocina, te vi horriblemente pálida. Te pregunté si te sentías indispuesta. Dijiste que eran cosas de mujeres. No es cierto, Emma. Tuviste «eso» hace poco más de una semana. ¿O eres irregular?

Emma inspiró profundamente.

—Tenía que decírtelo para salir del paso —contesto.

—¿Salir del paso? ¿Estabas en alguna mala situación?

—Hice una pregunta a Charlie. Se volvió. Tenía una cara horrible. Parecía un monstruo. Creí que iba a arrojarse sobre mí y me rompería el cuello a mordiscos...

—¡Emma!

—Tú no sabes el miedo que pasé durante unos instantes. Pero lo cierto es que no comprendo qué pudo enfurecer tanto a Charlie. A mi entender, la pregunta para un hombre que no está enterado del asunto, resulta

completamente inocente.

Sally hizo un gesto de impaciencia.

—Emma, ¿quieres dejarte de rodeos? ¿Por qué no hablas claro de una vez y me dices qué le preguntaste a Charlie?

—Está bien. Le pregunté si había un pozo en la casa. Entonces lúe cuando pareció volverse Frankenstein...

—¡Un pozo! ¿Y por qué le preguntaste eso?

—Mujer, él conoce Padderton Hall. Tú dices haber visto a la mujer que bailaba loca de alegría, con los diamantes en la mano. La verdad, comprendo perfectamente a la señora Braigh, si sabía la fortuna que eran aquellas piedras preciosas. Era como para dar saltos y... Luego, según tú, arrojó las piedras a un pozo. ¿Lo entiendes ahora?

Sally se mordió los labios.

—Un pozo —repitió de nuevo—, ¿Es realmente un pozo lo que veo en sueños?

—Al menos, será un agujero oscuro, ¿no? Y un agujero oscuro, si no está en la pared, suele ser un pozo.

—Sí, tienes razón. Pero resulta incomprensible que Charlie pareciera enloquecer de furia por una pregunta tan simple.

—Eso es lo que más me asustó. —Emma bajó la voz—, ¿Y si realmente existe ese pozo... y él sabe que están los diamantes escondidos allí y no quiere que se divulgue la noticia... y está aguardando a que nos marchemos para poder llevarse las piedras tranquilamente?

—Son demasiadas hipótesis, querida.

—Pero todas ellas pueden acabar en realidades. Recuerda que Robertson cometió el crimen también por causa de los diamantes, porque se dio cuenta de que tu tía y el otro fulano le iban a engañar por partida doble. Tal vez, si hubiese tenido los diamantes, se hubiese marchado, dejándolos con un palmo de narices, pero no sucedió así... y en dieciocho años, la policía no ha podido encontrar esos diamantes.

—Bien, de acuerdo, pero, en tal caso, ¿cómo se enteró Charlie del asunto? Emma soltó una risita.

—Es sobrino de Martin Radd —contestó—. Conoce perfectamente la casa. El viejo Radd es muy parlanchín. Cuando llegó su sobrino, se debió desahogar a gusto contándole cosas... Y Charlie, que no es perfecto, como no lo somos nadie, ha podido pensar que está ante la ocasión de su vida.

—Pudiera ser —admitió Sally pensativamente.

—Sí, pero nosotras no podemos andar husmeando aquí y allí, para no levantar sospechas. Me gustaría hablar con Barker.

—¿El cazador?

—El mismo. Ron debe de conocer también la casa a fondo. En todos estos años, habrá debido de hablar mucho con Radd. Cuando salía a cazar, vendría aquí, a tomar una copa con el viejo Martin. Charlarían de todo... v no me extrañaría nada que hubiese llegado a saber que hay un pozo en alguna parte.

—Bueno, podríamos invitarle una tarde a tomar el té con nosotras —sugirió Sally.

—Pero no hay teléfono para, al menos, dejarle recado en la taberna... Sally sonrió de pronto.

—Podemos decírselo a Roger —exclamó—. Ahí viene.

Emma suspiró hasta el punto de que su sujetador parecía ir a disolverse en una doble explosión.

—Sí, ahí viene Robert Redford —dijo melancólicamente.

El tiempo era excelente y Forbes iba en mangas de camisa, con la chaqueta al hombro, sujeta por el índice de la mano izquierda en gancho. El petardeo de la cortadora de césped era un tenue sonido de fondo en la calma de la tarde.

—Hola, chicas —saludó Forbes desenvueltamente.

—Siéntese, Roger —indicó Sally—. Voy a buscar un poco de té...

—Déjalo, yo me encargaré de eso —dijo Emma.

—Bueno, no disputen, por favor —sonrió el joven—. No tengo ninguna prisa y...

De pronto, se dio cuenta de que el motor de la segadora de césped se había parado.

Charlie tenía la vista fija en el grupo.

—He venido a invitarles a dar un paseo —dijo—.

Vamos, arréglense; conozco un sitio precioso que está a sólo una milla y que les gustará enormemente.

Sally intuyó que había algo más en aquella inocente invitación y se puso en pie inmediatamente.

—Creo que estaré más cómoda con pantalones. Y tú también, Emma —dijo.

—Muy bien, vamos a cambiarnos.

Forbes encendió un cigarrillo. Miles se le acercó instantes después.

—¿Puedo servirle en algo, señor? —se ofreció cortésmente.

—-Muchas gracias, Charlie. Las chicas y yo nos vamos a dar un paseo. Me parece que ya es hora de que conozcan los alrededores.

Miles sonrió.

—Sí, se pasan el día encerradas aquí... Buenas tardes, señor.

—Buenas tardes, Charlie.

Forbes volvió a quedarse solo. Sally y Emma aparecieron minutos más tarde, charlando alegremente de temas intrascendentes.

—Vamos, guíenos, explorador —dijo Emma.

Un poco más tarde, cuando ya estaban a cierta distancia de la propiedad, Sally habló, muy seria:

—Usted tiene que decirnos algo, Roger.

—Lo ha adivinado —contestó el joven—. Oh, no es que desconfíe de Charlie, pero si lo hiciera ante sus ojos, se descubriría mi identidad y eso es algo que no me conviene por el momento. Charlie suele ir al pueblo a por

provisiones y podría comentarlo, sin darle importancia... Se producirían habladurías y pienso que es mejor evitarlo.

—Conque no desconfía de Charlie, ¿eh? —Exclamó Emma—. Pues yo, cada vez que pienso en la cara que puso esta mañana, cuando le pregunté si había un pozo en la propiedad, se me ponen los pelos de punta.

Forbes frunció el ceño.

—A ver, cuénteme —pidió.

—Con mucho gusto, Roger.

Después de que hubo escuchado el relato de la chica, Forbes meneó la cabeza.

-Ciertamente, resulta preocupante —dijo—. Será cosa de averiguar quién es el tal Charlie Miles. Pero quizá usted vio algo que sólo existía en su imaginación, Emma.

—Me gustaría que fuese así —suspiró la rubia—. De todos modos, hay en Charlie algo que no acaba de tranquilizarme. Anoche, más que reparar los fusibles, parecía buscar algo.

—Tal vez las joyas —apuntó Sally.

—Pudiera ser, todo conviene ser tenido en cuenta —dijo Forbes—. En cuanto a Ron Barker, mucho me temo que por ahora no podrán hacerle la consulta sobre el pozo de Padderton Hall. Ha desaparecido, nadie sabe dónde se encuentra y su casa está vacía.

—Aquí no lo hemos visto —dijo Sally.

—Es cazador. Quizá se ha ido a una excursión de caza que le durará algunos días — supuso Emma.

—Posiblemente —Forbes se volvió, estudió un momento los alrededores y decidió que no había testigos—. Bueno, Sally —añadió, a la vez que sacaba algo de su bolsillo—. Aunque no sea precisamente un tampón de reglamento, servirá para tomarle las huellas dactilares.

—¿Tomarme las...? —Se extrañó la joven—. ¿Por qué, Roger?

—Sally, sólo muy recientemente ha descubierto usted que es Sybil Warburton. Por ahora, no sabemos qué le sucedió y fue origen de un incomprensible cambio de personalidad. Sin embargo, el abogado Hyle va a pedir al orfanato de Hallymount Forest las huellas dactilares que deben figurar en su expediente. Comparándolas con las que yo obtenga, saldremos de duda de una vez.

—No está mal pensado —exclamó Emma, admirada.

—Si la comparación entre los dos juegos de huellas es positiva, como espero, entonces usted tendrá pleno derecho a llamarse Sybil Warburton y entrará en posesión de la herencia. Y poco a poco y sin ninguna prisa, podrá iniciar las pesquisas para saber qué le ocurrió y qué la hizo transformarse en Sally Vaughan.

—Está bien —accedió la muchacha—. Francamente, me parece estar viviendo en una noche, cuyo final no acaba de llegar.

—Ya amanecerá, querida —dijo Emma afectuosamente.

Forbes había comprado en el pueblo un tampón comercial, en cuya superficie húmeda impregnó las yemas de los dedos de Sally, imprimiéndolas a continuación en un trozo de papel, situado sobre una cartulina que también había llevado prevenida. Las huellas fueron a parar a un sobre, que Forbes guardó luego en el interior de su chaqueta.

—No es una acción policial y las destruiré apenas haya hecho la comparación —aseguró con amplia sonrisa.

CAPITULO X

En el silencio de la noche, crujió una madera.

Emma casi saltó en la cama. Se mordió las uñas un instante. ¿Era Charlie?

Tenía la luz apagada y resistió valientemente el deseo de encenderla. Ya no hubo más crujidos, pero, a los pocos momentos, oyó rumor de pasos. No obstante sus esfuerzos, a Charlie, si era él, le resultaba imposible dejar de hacer ruido al pisar. Emma sentía que tenía el corazón alborotado, a punto de saltarle del pecho.

De pronto, oyó un levísimo ruido. El picaporte estaba girando.

Trató de mantener la serenidad. La puerta se abrió unos centímetros y por la rendija entró un rayo de luz, que se ampliaba a medida que penetraba en el dormitorio.

Emma procuró respirar regularmente. Estaba tendida de costado, con un brazo fuera del embozo. Aunque no lo veía, se imaginaba la mitad del rostro de Charlie, mirando a través de la rendija, con un solo ojo.

Luego, la puerta, poco a poco y lentamente, volvió a cerrarse. Emma dejó escapar un largo y silencioso suspiro de alivio.

—La próxima vez, me cerraré con doble vuelta de llave —se prometió a sí misma.

De repente, se le ocurrió algo que la hizo sobresaltarse terriblemente. Charlie había abierto para cerciorarse de que estaba dormida, pero... ¿no pretendía hacer algo más?

En completo silencio, apartó a un lado las ropas de la cama. Descalza y en camisón, pasó al cuarto de baño, sin encender ninguna luz. Muy despacio, con precauciones, que, se dijo, habría envidiado el propio Charlie, abrió la puerta de comunicación.

Charlie entraba en aquel momento en el dormitorio de Sally. Emma, llena de pánico, se quedó convertida en una estatua de piedra. Por un instante, pensó que Charlie iba a asesinar a su amiga, pero la cordura se impuso en el acto. Muerta, Sally no iba a servirle de nada. Tenía que interrogarla,., pero ¿cómo conseguiría las respuestas?

No tardó en conocer la solución. Charlie no había encendido ninguna luz, sino que se alumbraba con una pequeña linterna que llevaba en la mano izquierda. En la derecha tenía un tubo de unos cinco centímetros de grosor, del que, bruscamente, salió un siseante chorrito de vapor que dio de lleno en la cara de Sally.

Emma lo comprendió en el acto. Sally quedaría narcotizada y, de este modo, respondería sin dificultad a las preguntas de Miles. Pero si intentaba hacerle algún daño... De pronto, recordó el botellón de agua de colonia. Podía resultar bueno como arma arrojadiza.

La voz de Miles sonó tenuemente:

—Sybil, ¿dónde están los diamantes? Contéstame, te lo ordeno... Sally se

agitó con cierta violencia.

—Los diamantes... —repitió inconscientemente.

—Sí, tú viste a tu tía cuando los escondía... Eras una niña muy curiosa, huroneabas por todas partes... Vamos, Sybil, dímelo de una vez. Dime dónde están los diamantes.

—Yo..., yo soy Sally Vaughan... No... sé nada. Miles emitió una grosera interjección.

—Eres Sybil Warburton —insistió—. Y sabes dónde están los diamantes.

—No lo sé... Yo nunca he visto los diamantes...

Miles se sentía desconcertado. El asombro de Emma no era menor.

De nuevo repitió Miles la misma pregunta y una vez más recibió idéntica respuesta. Furioso, alzó el spray de gas narcótico como si fuera a arrojarlo al suelo, para patearlo a continuación, pero logró contenerse. Dio media vuelta y mascullando imprecaciones contra un desconocido estúpido, salió del campo visual de Emma.

Transcurrieron algunos minutos. Emma aguardó hasta tener la seguridad de que Charlie había regresado a su alojamiento, en la primera planta. Luego entró en el dormitorio de Sally y cerró la puerta por dentro. Hizo lo mismo con la suya, regresó de nuevo a la alcoba de su amiga y encendió la luz.

Sally se agitó en la cama. Emma había traído consigo un frasco de sales y lo puso bajo la nariz de la muchacha. Sally se estremeció un par de veces y luego abrió los ojos.

Sonrió tristemente.

—He vuelto a tener la pesadilla, ¿verdad?

—No, algo mucho peor —dijo Emma—, Esta vez ha sido real.

* * *

Sentada en la cama, abrazada a sus rodillas, Sally dejaba vagar la vista por las paredes del dormitorio.

—Pero no comprendo. Yo he dicho que no soy Sybil, sino Sally...

—La cosa, para mí, no tiene ahora duda —dijo Emma, mientras encendía un cigarrillo—. El que te hizo las preguntas no te resulta simpático. En el sueño hipnótico, tu mente reconoció su voz y, aunque inconscientemente, dijiste una mentira, incluso mentiste en lo de los diamantes, negando conocer su existencia y no digamos ya el escondite donde se encuentran.

—Pero es que no lo sé... Están en un pozo..., ¿y dónde está el pozo?

—Sally, querida, eso es ahora lo de menos. Lo importante es que ya sabemos que Charlie busca los diamantes. El sabe que hay un pozo en alguna parte, por eso puso cara de furia cuando yo se lo pregunté. Pero el problema que se nos plantea es su relación con Robertson.

—¿Cómo? ¿Supones que lo conoce?

—Robertson está en libertad. El no se ha atrevido a venir aquí, a buscar los diamantes, temeroso de ser seguido por la policía, y por eso envió a un

compinche.

—El sobrino de Radd.

—¿Sabemos si lo es realmente? Radd era muy miope y pudo confundirse, aunque esto es ahora lo de menos. Lo interesante es que Miles busca los diamantes y que Roger debe saberlo.

—Se lo diremos por la mañana —propuso Sally.

—Por supuesto, aunque tendremos que actuar con toda naturalidad. Charlie no debe saber que yo estaba presenciando el interrogatorio. Ese tipo me da escalofríos, ¿comprendes?

—Me pregunto quién le daría la idea de narcotizarme...

—Robertson, no cabe la menor duda. Debe de haberse candado de esperar y... — Emma sonrió—. Sally querida, de niña debías de ser terriblemente fisgona y aficionada a meter la nariz por todas partes.

—Supongo que sí, pero eso se cura con los años, ¿no crees?

Emma se inclinó sobre su amiga y la besó tiernamente.

—Descansa, no te preocupes..., Sybil Warburton —se despidió.

Sally se echó hacia atrás en la cama y procuró relajarse. ¿Era cierto que ella había dicho no ser Sybil ni saber nada de los diamantes?

De súbito, se echó a llorar. Era demasiada tensión en la mente. Acabaría loca, loca de remate, encogida en el rincón de una celda, con los ojos secos y la baba cayéndole por la barbilla... Lloró largo rato, en la noche que no acababa ni parecía tener final, pero el sueño, inesperadamente, acudió en su ayuda y con silenciosos trompeteos ahuyentó sus temores.

* * *

Los dientes del inspector jefe Forbes se juntaron con tal fuerza, que estuvieron a punto de partir el cañón de la pipa.

—Tenía que ser así —dijo—. No puede ser de otro modo.

El sargento Cadogan estaba en pie, delante de su mesa. Forbes hizo un gesto con la mano.

—Pida comunicación con mi hijo, es urgente —ordenó.

—Bien, señor.

A los pocos momentos, Forbes padre hablaba con Forbes hijo:

—Tengo noticias para ti, muchacho. Robertson y Miles estuvieron juntos en Dartmoor. Incluso ocupaban la misma celda, claro que la condena de Miles era mucho menor: seis años, por robo, escalo y lesiones graves, con antecedentes. Pero salieron del penal casi al mismo tiempo, con diferencia de pocos días. Miles, naturalmente, salió el primero.

—Entonces, fue él quien atropelló a Lowell.

—Tuvo que ser, y también el que mató a Crandall. Debieron de ponerse de acuerdo en la prisión, para el asunto de los diamantes. Robertson convencería a Miles, un sujeto sin escrúpulos, y éste fue el que ejecutó los crímenes.

—Todo eso está muy bien y resulta lógico, papá —dijo Roger—, Pero hay

todavía un par de puntos oscuros. ¿Por qué tuvo que morir el doctor Lowell? ¿Qué sabía de Sally? Si averiguamos este punto, entenderemos mucho mejor el asesinato del doctor Crandall.

—Estoy esperando a la viuda del doctor Lowell. Ella era su ayudante y conocía muchos de sus secretos profesionales. Voy a tratar de convencerla de que me diga todo lo que sepa acerca de Sally Vaughan.

—Esa es una buena idea, papá. Ahora bien, si Miles es cómplice de Robertson... Lo vigilamos continuamente, no te preocupes muchacho.

—Muy bien. Yo estoy esperando la respuesta a la consulta sobre las huellas dactilares que hicimos al orfanato. Es posible que hoy salgamos de dudas.

—Magnífico. Llámame en cuanto sepas algo.

—Sí, señor.

Forbes dejó el teléfono sobre la horquilla y encendió un fosforo, que arrimó al apagado fogón de su pipa.

De pronto, oyó el toque de unos nudillos en la puerta.

—Adelante.

Cadogan asomó la cabeza.

—Señor, la señora Lowell —informó.

—Está bien, hágala pasar.

Betsy Lowell era una mujer de unos cincuenta años, menuda, de facciones tristes y ojos acuosos. Apenas estuvo frente al policía, dijo:

—Se lo contaré todo, inspector.

Mientras la mujer hablaba, Forbes, por cortesía, había mantenido apagada su pipa.

Cuando se marchó la señora Lowell, volvió a encenderla.

Las cosas empezaban a aclararse, pensó. Aunque todavía... El sargento Cadogan entró nuevamente en el despacho.

—Señor, informe del detective Barrie. Jared Robertson ha salido de Londres. Forbes abandonó inmediatamente su lánguida postura.

—En dirección a Westbury Village, supongo —dijo.

—Presumiblemente, así debe de ser, señor.

—Bien, sargento, ¿le gustaría conocer ese pueblecito? Cadogan sonrió.

—Será un placer, señor. ¿Ordeno que preparen su coche?

—Inmediatamente, sargento.

* * *

Roger Forbes se quitó la chaqueta y aflojó el nudo de la corbata. Era ya un poco tarde y se disponía a tenderse en la cama, con una novela en las manos. Esperaba impaciente la llegada de las huellas dactilares... De pronto, llamaron a la puerta.

Abrió. Era el abogado Hyle.

Disculpe que le moleste a estas horas, sargento. Las huellas han llegado

antes de lo que esperábamos. El secretario del orfanato es un viejo amigo y, aprovechando que tenía que hacer un viaje, me las ha traído personalmente, en lugar de enviarlas por correo. Aquí las tiene.

Forbes tomó el sobre y lo depositó sobre la mesa que había en el centro de la estancia. Extrajo el documento en el que figuraban las huellas de Sybil Warburton y puso al lado el papel donde estaban las de Sally. Acto seguido, y armado de una potente lupa, inició el trabajo comparativo.

Hyle aguardaba anhelante, no menos deseoso de conocer la solución de un caso que le había intrigado desde el principio. Ahora, por fin, llegaría a saber los motivos por los cuales Sybil Warburton no se había presentado a recoger su herencia al cumplir los veintiún años.

Casi transcurrió un cuarto de hora. De pronto, Forbes levantó la cabeza.

—Incomprensible —dijo.

—¿Cómo?

Forbes se lo explicó. Hyle se quedó atónito.

—Increíble —exclamó.

—Sí, absolutamente increíble... si no se conociera la verdad.

—Desde luego. ¿Qué va a hacer usted ahora, sargento? Forbes alargó el brazo izquierdo.

—Son las diez y media —dijo—. Puedo llegar a Padderton Hall en un cuarto de hora.

—Está bien, es una buena idea, Sargento, por favor, no deje de informarme a su vuelta.

—Descuide, señor Hyle.

Forbes se puso de nuevo la chaqueta. Fue al espejo, se pasó un peine por los revueltos cabellos y luego echó al bolsillo los dos sobres. Salió a la calle, en compañía del abogado.

—Le veré a mi regreso —prometió el joven.

Estaré aguardándole, con una botella de buen brandy —sonrió Hyle.

CAPITULO XI

Vestida con el camisón y la bata, Emma entró en la cocina y buscó en uno de los estantes el tarro que contenía los sobrecitos para el té. Antes de irse a la cama, quería preparar dos tazas, una para ella y otra para Sally. El fuego estaba apagado y tuvo que encenderlo.

De pronto, notó aquel mal olor que ya había percibido días antes. Arrugó la nariz.

Charlie era más descuidado de lo que aparentaba. Se lo diría al día siguiente.

O quizá debía callar. Era lo mejor, había cosas que podían molestar a aquel sujeto, como el caso del pozo. No, no le diría nada.

Cuando tuvo todo listo, preparó la bandeja. Al dar media vuelta, vio a Charlie en la puerta.

Emma lanzó un grito de susto.

—¡Charlie!

—Dispense, señorita. No sabía que estaba aquí...

—Bajé a preparar un poco de té para la señorita Sally y para mí. No quería molestarle, Charlie.

Miles sonrió.

—Es usted muy amable, señorita. ¿De veras no necesita nada más?

—No, muchas gracias. Buenas noches.

Miles mantuvo abierta la puerta, para que Emma saliera con toda comodidad. La joven agradeció el gesto con una inclinación de cabeza. Pero todavía llevaba dentro el susto. Había que hacer algo, se dijo; conseguir que Charlie fuera despedido con cualquier motivo... El abogado Hyle podía hacerlo, supuso.

Miles se quedó en la cocina, en compañía de una botella de whisky, sumamente pensativo. El plan que Robertson había ideado podía considerarse como fracasado. Se había dejado engañar; no había tales diamantes.

De pronto, oyó un leve ruidito en los cristales de una ventana. Miró en aquella dirección y vio un rostro pegado al vidrio. Una mano hizo señas inconfundibles,

Miles se levantó y cruzó la cocina para abrir la puerta posterior. Robertson se coló rápidamente.

—Al fin he podido despistar a esos malditos policías —masculló.

—Pues has perdido el tiempo. Aquí no hay nada, tú. Robertson frunció el ceño.

—No te burles de mí, Charlie, no te lo toleraría. Miles se encogió de hombros.

—Piensa lo que quieras, pero la chica insistió en que era Sally Vaughan. Y hablaba bajo la acción del narcótico, así que tenía que decir la verdad a la fuerza.

—¡Imposible! El doctor Lowell me aseguró...

—Lowell pudo decirte cualquier cosa, "menos la verdad. Jared, creo que aquí estamos de más.

—¡Maldición, no! No he esperado dieciocho años en vano. Quiero conseguir los diamantes y los tendré...

—¿De veras? —Se burló Miles—. Oye, la policía revolvió a fondo la casa y no encontró nada. En el pozo no hay absolutamente nada; yo bajé el primer día, con una cuerda de nudos y, créeme, las únicas piedras que hay son las que se han desprendido durante el transcurso de los años. Así que si esperas hacerte rico aquí, estás listo.

Los ojos de Robertson llamearon demencialmente.

—Me has engañado —dijo—. Tú tienes los diamantes...

—Te juro que no. Ella no lo sabe, Jared.

—¡Mientes, condenado hijo de perra!

Miles empezó a cobrar miedo. Durante dieciocho años, Robertson había vivido con la obsesión de los diamantes. Ahora que estaba libre, quería encontrarlos.,, y no creía en sus palabras.

Lentamente, con gran disimulo, empezó a tantear la mesa, en busca de la botella. Un golpe seco y...

Pero Robertson adivinó sus intenciones y se anticipó con un tremendo derechazo que lo derribó en el acto. La botella se ladeó, cayó sobre la mesa, rodó un poco y acabó cayendo al suelo, donde se estrelló con tremendo estrépito de vidrios rotos.

Robertson miró hacia la puerta de la cocina. Estaba cerrada. Magnífico, los ruidos no habrían llegado hasta el primer piso. Y ahora, puesto que su cómplice le había engañado... Febrilmente, le registró los bolsillos. Apenas si llevaba unas monedas y la llave de una puerta. Robertson la hizo saltar en la palma de la mano, mientras contemplaba la puerta de la alcoba.

Sonrió perversamente. Miles había querido engañarle. Bien, ahora iba a recibir el pago de su traición.

Lentamente, cruzó la cocina y abrió la puerta de la alacena. Alzó la trampilla y regresó junto al caído. Inclinándose, agarró los tobillos del inconsciente Miles y lo arrastró hasta el borde del pozo. Hizo un poco de fuerza, levantó más los pies y el cuerpo de su cómplice volteó hacia el negro y hediondo abismo.

Robertson cerró todo bien a continuación. Luego se dijo que debía limpiar los restos de la breve lucha: fragmentos de vidrio y licor derramado por el suelo. Inmediatamente, se puso a trabajar.

* * *

Robertson estaba equivocado: el ruido de la botella rota llegó hasta el primer piso.

Fue un ruido apenas perceptible, pero que, sin embargo, llegó con notable

nitidez a unos tímpanos hipersensibles, como eran los de Sally. Emma estaba en el baño y el ruido del agua debía de haberle impedido oír aquel extraño ruido de cristales rotos.

De pronto se le ocurrió que debía ver qué hacía Charlie, porque no le cabía la menor duda de que era Charlie, el autor de aquel ruido. De este modo, podrían informar a Roger cuando lo viera.

Consultó maquinalmente su reloj de pulsera. Iban a dar las diez y media de la noche. Mientras envolvía su esbelto cuerpo en la bata, se preguntó cómo siendo Sybil Warburton había llegado a negarlo en estado de inconsciencia. Debía de haber contestado la verdad y, sin embargo, había mentido. No lo entendía.

En cuanto a lo del pozo donde supuestamente estaban las joyas, tenía una mejor explicación. Quizá no era un pozo estrictamente hablando, sino un negro hueco... ¿dónde?

Abrió sin hacer ruido, salió al pasillo y emprendió el descenso hasta llegar a la puerta de la cocina. Titubeó, ahora no se percibía el menor ruido.

Al fin, decidiéndose, abrió. Un fuerte olor a whisky, mezclado con otro olor que no podía identificar, pero que resultaba nauseabundo, llegó inmediatamente a su pituitaria.

La cocina parecía vacía y en orden. Charlie debía de haber vuelto a su habitación, supuso. De pronto, vio manchas de humedad en el suelo. Sí, algo se había roto y Charlie se había ocupado de fregar el licor derramado por la rotura de la botella. Era algo que no parecía tener importancia.

Ya había visto bastante. Se volvió y entonces fue cuando diviso al hombre parado frente a ella, con una extraña sonrisa en los labios,

—Hacía muchos años que no nos veíamos, pequeña —dijo Robertson. Sally adivino en el acto la identidad del sujeto.

—Es usted...

—Sí. Cómo pasa el tiempo, ¿verdad? Dieciocho años... —Robertson hizo un rápido gesto con la mano—. Un soplo, pequeña.

—Pe..., pero usted está ya libre...

—He cumplido ya mi condena, estos en paz con la ley y no debo nada a nadie. Robertson miro un tanto vagamente a su alrededor.

—Tu tía Nancy no quiso casarse nunca conmigo. Sólo quería disfrutar, quería un macho para la cama... Era una zorra asquerosa y lo vi demasiado tarde. Si nos hubiéramos casado, ahora yo sería el heredero y Padderton Hall me pertenecería con todo lo que hay dentro...

—Y así podría tener tiempo de sobra para buscar los diamantes, ¿ verdad? El asesino sonrió.

—Lo has adivinado, pequeña —dijo—. Tienes que saber una cosa: siento lo que te hice aquel día, pero, compréndelo, eras el único testigo y no podía consentir... Bueno, a fin de cuentas, ya se ha pasado; no vale la pena mirar hacia atrás. Dime, ¿dónde escondió tu tía los diamantes?

—No lo sé —respondió Salís.

—Vamos, vamos, preciosa, a estas horas ya no se puede perder el tiempo. Voy a hacer un trato contigo: dime dónde están los diamantes y los repartiremos al cincuenta por ciento. Me conformo con cien mil libras; Padderton Hall quedará para ti y, con las otras cien mil libras, podrás constituir una bonita renta que te permitirá vivir con todo desahogo, sin dar golpe, parece bien.

—Usted se marchará al extranjero, claro.

—Imagínatelo. Estoy harto ya de Inglaterra... Oh, no es que sea un adolescente, pero tampoco soy un matusalén. Aún puedo dar mucho juego en el mundo... Pero todavía no me has contestado.

—La respuesta es no.

—Sybil, por favor, no tientes mi paciencia.

—¿Está seguro de que soy Sybil Warburton? Robertson se echó a reír.

—Pues claro, mujer. Claro que has cambiado mucho en todo este tiempo... —La miró apreciativamente de la cabeza a los pies—. Estás muy guapa, Sybil; te pareces a tu tía cuando tenía tu edad... aunque se te ve otro estilo, tienes un porte muy distinto... Eres más refinada. Ella era muy hermosa, pero ante todo era una hembra de placer...

—Por favor, basta ya —dijo Sally.

—Sí basta ya. No perdamos más tiempo. Dime dónde están los diamantes y me marcharé inmediatamente de Padderton Hall.

—No lo sé.

El pecho de Robertson se hinchó poderosamente.

—Sybil, no te burles de mí —dijo—. Cuando me pongo serio, tengo muy malas pulgas.

—¿Qué va a hacer conmigo? —Sally se sentía poseída por un extraño valor—.

¿Matarme? No veo un hacha a mano...

Robertson lanzó una espantosa maldición. Presa de un irrefrenable acceso de ira, alzó la mano y abofeteó a la muchacha. Sally dio una vuelta completa sobre sí misma y cayó al suelo.

—Aunque me torture, no le diré algo que no sé —exclamó, medio tendida sobre el pavimento, apoyada en ambas manos, la cabellera suelta y desordenada—. Y suponiendo que conociera el escondite de esas piedras preciosas, tampoco se lo diría. No son suyas, en primer lugar, y después...

—¡Basta, basta ya! —rugió el asesino. De pronto, se inclinó sobre la muchacha y. agarrándola por la bata, la izo a pulso—, ¡Por última vez, te lo pido por última vez!

Sally estaba palidísima, pero en aquellos instantes no sentía el menor pánico. Era Robertson quien tenía un miedo atroz, pensó, miedo a la vida, miedo a vivir pobremente, trabajando en los oficios más bajos por un salario miserable... Los diamantes podían significar para él la riqueza, la buena vida, manjares y vinos caros, mujeres hermosas... y para aquel siniestro individuo, ella era el obstáculo que se interponía en el camino que le conduciría a la

realización de tan bellos sueños.

—Por última vez, no lo sé —respondió serenamente.

Los dientes de Robertson crujieron y chasquearon. De pronto, estiró las dos manos y despidió a la muchacha con gran violencia. Sally retrocedió trastabillando, chocó contra la pared y, medio aturdida por el golpe, volvió a caer al suelo. Con ojos turbios, velados por una densa niebla, entrevió a Robertson dirigiéndose hacia una puerta, que abrió de inmediato.

Luego, Robertson se inclinó y alzó un aran cuadro de madera Un horrible hedor invadió la cocina de inmediato.

—Voy a echarte a este pozo —dijo Robertson, que más parecía hablar consigo mismo—. Hay otra chica arriba... La mataré también y acabará igualmente en el pozo... Nadie sabe que estoy aquí; tengo toda la noche...

Sally se sentía desfallecida, sin un átomo de fuerza en sus músculos. Robertson volvió a ella, la agarró por las muñecas > tiro hacia el negro hueco que se abría al otro lado de la puerta.

—¡Por última vez! —gritó, con los ojos fuera de las órbitas y la expresión de un demente.

Sally se sintió invadida por una intensa agonía. ¿Qué había en aquel horrible pozo? ¿Qué producía aquel insufrible hedor?

—¡Sybil! — Robertson la sacudió con tremenda violencia—, ¡Contéstame, Sybil Warburton!

Inesperadamente, cuando nada hacía sospechar la presencia de una persona extraña, sonó una voz de mujer:

—¡Suelta a esa chica! ¡Ella no es Sybil Warburton!

Sally volvió los ojos hacia la puerta de la cocina, lo mismo que Robertson. A dos pasos de la entrada, había una hermosa joven, de brillantes cabellos negros con una estola de pieles sobre los hombros y un pequeño revólver en la mano.

Robertson y Sally estaban todavía al borde del pozo. Las manos del asesino aferraban las muñecas de Sally. De repente, la muchacha hizo un violento esfuerzo para desasirse y escapar, aprovechando la providencial aparición de la joven.

La sacudida hizo vacilar a Robertson, quien se tambaleó. Para mantener el equilibrio, dio un paso, en parte lateral y en parte hacia atrás, pero su pie sólo encontró el vacío.

Manoteó frenéticamente, buscando en vano un agarradero. Lanzando un horripilante alarido, se precipitó en la sima hedionda y negra.

CAPITULO XII

Emma salió del baño, se secó tranquilamente y se metió en la cama. No había oído nada y se sentía muy optimista.

En su coche, acercándose a Padderton Hall, el inspector jefe Forbes dijo:

—Debí de haberlo adivinado en el mismo momento en que Robertson vino para tenernos engañados. Robertson mencionó «los grandes ojos oscuros de la niña»... ¡Y los ojos de Sally son azules!

El sargento Cadogan asintió, con la vista fija en la blanca cinta de la carretera, iluminada por los faros del coche.

—No se preocupe, señor; el sargento Forbes se habrá hecho cargo del asunto —dijo.

En la cocina de Padderton Hall, Sally, más recobrada, se había sentado en una silla. La recién llegada buscó por las alacenas, hasta dar con una botella cíe whisky.

—Toma un trago, te conviene —dijo amistosamente. La puerta que daba al pozo había sido ya cerrada—. Tú eres Sally Vaughan, ¿verdad?

—A... al menos, así me llamo...

—Siento haberte desilusionado, pero no cabe la menor duda de que la auténtica Sybil Warburton soy yo.

—No me has desilusionado. Quizá ahora llegue a saber todo lo que me sucedió...

La puerta de la cocina se abrió bruscamente y un hombre irrumpió a través del hueco.

—¡Sally! —Forbes se detuvo en seco—. ¿Eh, quién es...?

Sybil se volvió, contempló especulativamente al joven v sonrió.

—Vamos, Sally, anda, preséntanos —dijo—. Aunque si estás todavía nerviosa... Amigo, yo soy Sally Warburton, más conocida en ciertos ambientes artísticos por «Sexy Bomb»,

«La Bomba Sexy»...

Estupefacto, Forbes miró a la desconocida que decía ser Sybil. Era una mujer de formas opulentas, sensuales, con ojos ardientes y sonrisa prometedora. Resultaba fácil imaginarse qué clase de papeles desempeñaba en los escenarios.

—Sí, strip-tease y demás —confirmó Sybil con todo desparpajo—. Pero ahora decidí tomarme unas vacaciones y venir a visitar Padderton Hall, para enterarme de su estado... Oiga, todavía no me ha dicho quién es usted.

—Sargento detective Roger Forbes, de Scotland Yard se presentó el joven —. ¿Sally, se encuentra bien?

—Sí, pero... él ha muerto... —La mano de Sally señaló laciamente hacia la puerta cerrada—. Había enloquecido... quería lanzarme al pozo...

—¿El? ¿A quién te refieres? —preguntó Forbes desconcertado.

—Jared Robertson, amiguito —dijo Sybil—. Yo llegué precisamente

cuando ese asesino quería arrojarla al pozo. Le detuve con mi revolver, aquí, para nosotros, tengo licencia... y él, rechazado por Sally, perdió pie y cayó... Está al otro lado de aquella puerta. Tenga cuidado...

Forbes cruzó la cocina, abrió la puerta, contempló un instante el negro hueco y retrocedió horrorizado.

—¡Dios, qué hedor! —exclamó.

—Sí, huele de una manera insoportable —convino Sybil con naturalidad. Agarró la botella y unos vasos. Será mejor que busquemos otro lugar para charlar con más comodidad. En ese pozo debe de haber más de un cadáver y no reciente, me imagino.

Forbes asintió. Tal vez aquel cadáver era el de Ron Barker, pensó, mientras ayudaba a Sally a ponerse en pie.

—Señorita Warburton, debe saber que tengo un juego de huellas dactilares suyas, enviadas por el orfelinato de Hallymount Forest. Así comprobaremos su auténtica personalidad —dijo.

—No hay inconveniente, aunque puedo demostrarlo por otros medios. Pero nunca están de más otra especie de comprobación para mayor seguridad —respondió Sybil.

Cuando llegaban al vestíbulo, se abría la puerta de entrada.

El inspector jefe Forbes y el sargento Cadogan irrumpieron en la casa.

—¡Roger!

—Hola, papá —sonrió el joven—. Todo está bien por aquí, salvo que Robertson ha muerto... y ha aparecido la verdadera Sybil Warburton.

* * *

—De modo que era eso —dijo el inspector Forbes, mientras cargaba la pipa—. Sally estuvo pasando aquí una temporada con Sybil, cuando ambas tenían unos cinco años y muy poco tiempo antes del doble asesinato cometido por Robertson.

—En efecto —contestó Sybil—. Correteábamos juntan por todas partes, y no parábamos en todo el día. Ciertamente, junto a Sally, yo dejaba de ser la niña recelosa, curiosa y retraída que era habitualmente... y que volví a ser al quedarme sola, cuando Sally volvió al orfelinato. Después... se produjeron los hechos ya conocidos por todos y yo acabé en el mismo lugar. Naturalmente, nos pusieron juntas... Yo ya me había recobrado del shock, pero necesitaba descargar mi mente... y le contaba a Sally constantemente las horribles escenas que había presenciado. Sally, todo hay que decirlo, era un poco morbosa y quería oírme la historia una y otra vez... Bien, supongo que eso son cosas que les pasan a las niñas de pocos años...

—Diríase que fue como un traspaso de personalidad —comentó el sargento Forbes.

—Quizá —sonrió Sybil—. A fuerza de repetirle la historia, sobre todo, cuando estábamos solas en nuestro cuarto por la noche, Sally llego a creerse

la protagonista y...

—Y luego, a los ocho años, sufrió un ataque de meningitis, por fortuna benigno, pero que le produjo la secuela de una amnesia temporal —intervino Forbes padre—. Naturalmente, tuvo que ser llevada a un hospital y ya no volvió a Hallymount Forest, sino que lúe a parar a otro orfelinato, donde el doctor Forest asistía psiquiátricamente a las internas. Allí conoció la historia y se enteró del asunto de los diamantes. Andando el tiempo, dejó su puesto en el orfelinato v se estableció en Londres.

«Pero los diamantes continuaban torturando su imaginación —prosiguió el inspector—. Estuvieron presentes en su mente durante años enteros. Pensaba en ellos casi obsesivamente, sobre todo, en los últimos tiempos cuando veía la evidencia de no poder mantener un costoso tren de vida. Era buen psiquiatra, sin duda, pero también aficionado a la buena mesa y las mujeres jóvenes, hermosas y complacientes... y eso cuesta dinero. Entonces, se enteró, porque seguía el caso con atención, de que había trámites para conseguir el indulto de Robertson. Fue a verle al presidio y le expuso su plan. Robertson aceptó de inmediato, aunque ya tenía el suyo, concertado con Charlie Miles. Uno u otro, debió de pensar, encontrarían las piedras. Y así, Lowell procuró entrar en contacto con

Sally, contando con el magnífico pretexto de haberla atendido en el otro orfelinato, y empezó a tratarla de nuevo, en realidad, a hipnotizaría para que acabase creyéndose Sybil Warburton y descubriese el escondite de los diamantes.

Forbes hizo una pausa para encender la pipa, que se le había apagado mientras hablaba. Todos los presentes le contemplaban con enorme expectación.

—Al fin, Lowell creyó tener lista a Sally y se lo comunicó a Robertson, en una visita que le hizo casi en vísperas de ser liberado. Pero Robertson podía permitir la división de los diamantes en dos partes, no en tres, y por ello encomendó a Charlie Miles que quitase de en medio a Lowell. Miles lo atropelló y, días después, robó todos los papeles referentes a Sally, como hizo en el caso del ductor Crandall, cuando se dio cuenta de que los documentos no decían nada nuevo. Tampoco aquí consiguió nada; la solución estaba en el propio Padderton Hall...

—Exactamente —confirmó el inspector—. Pero al morir Lowell, cesó esa invisible barrera y usted empezó a tener las pesadillas que él había infiltrado de nuevo en su mente, pero que suprimía después de cada sesión de hipnotismo. Ahora ya no tenía a Lowell para refrenar su imaginación y usted empezó a soñar. Fue a Crandall, pero, en el fondo, no era un problema conocido para él y sus esfuerzos no podían dar demasiado fruto. Claro, en cuanto usted vio Padderton Hall, lo reconoció, pero no porque fuese Sybil, sino porque había pasado aquí algunas semanas y el lugar le resultaba familiar. Ello nos engañó a todos, debo confesarlo.

Sally respiró aliviada.

—Espero no volver a tener más esa pesadilla, producto de un relato que Sybil me contaba con abundantes detalles —sonrió.

—Yo lo recuerdo muy bien —dijo la aludida—. Y sé que después de la charla que tenia contigo, me sentía muy tranquila, como aliviada de un tremendo peso. ¿Cómo podía yo imaginar entonces que lo que hacía era una especie de trasvase de personalidad?

—Bueno, no tienes por qué preocuparte. Ahora ya ha pasado todo ..

—Excepto porque aún faltan por aclarar dos puntos —dijo Roger. Todos se volvieron para mirarle.

—Los diamantes, primer punto —añadió el joven. Sybil se puso en pie.

—Vengan —dijo—. Lo he pensado muchísimas veces. Sí, entontes, me pareció un pozo, un agujero..., pero casi hoy mismo he podido darme cuenta de la relativa inexactitud de la frase.

Sybil salió al vestíbulo, subió un par de peldaños de la escalera y se inclinó sobre el pasamanos. Alargó el brazo y hurgó con las yemas de los dedos en el centro de la concavidad del pebetero de metal.

Sally se puso una mano en los labios.

—Pero... si registramos eso también., —exclamo el inspector.

Sybil sonrió, a la vez que empujaba hacia abajo el cuenco de metal donde se depositaban las brasas que debían quemar las sustancias aromáticas. Sujetándolo con la mano izquierda en posición vertical, metió la derecha en el hueco, retorciendo luego los dedos hacia arriba. Tiró con fuerza y extrajo una pequeña bolsita de terciopelo negro. Al soltar el cuenco, éste volvió a su posición normal, debido al muelle de que estaba provisto.

La bolsita voló por los aires a las manos del inspector.

—Lo que una chiquilla curiosa ve, escondida y en no buena posición, y además por la noche, no siempre queda grabado con fidelidad en su mente —explicó—. Desde arriba, yo vi a mi tía asomada a lo que entonces pudo parecerme un gran agujero, un pozo... Fíjense en la columna del pebetero, casi tiene diez pulgadas de diámetro... Creo que salió del palacio de algún raja de Borneo...

El inspector Forbes había abierto la bolsita. Los diamantes centellearon en su mano.

—Caso resuelto —dijo, satisfecho.

El sargento Cadogan entró en aquel momento.

—Señor, ya he solicitado equipo y hombres para rescatar los cuatro cadáveres que hay en el pozo —dijo.

—Cuatro cadáveres —se aterró Sally.

—Robertson... posiblemente otro sea el del viejo Radd; debió de ser asesinado el mismo día en que llegó su sobrino. Un tercero es, sin duda, el de Barker.

—¿Y el cuarto? —preguntó el inspector.

—No sabemos nada de Charlie Miles, papá.

Hubo un instante de silencio. Luego, el inspector Forbes ordenó:

—Cadogan, vaya a ver si ese hombre está en su habitación.

—Bien, señor.

Repentinamente, un hondo lamento llegó hasta el vestíbulo. Era una voz que sonaba con trémolos horripilantes, la queja de un alma en pena., un grito que helaba la sangre en las venas... un sonido que no parecía salido de la garganta de una persona

Durante un segundo, todos quedaron inmóviles, paralizados por el asombro. Luego, Roger y Cadogan, reaccionando, echaron a correr hacia la cocina. El inspector Forbes, Sally y Sybil les siguieron de inmediato.

Roger se detuvo apenas entró en la cocina, como herido por el rayo. La puerta de la tétrica alacena estaba abierta. Asomando casi medio cuerpo por el borde del pozo, con el rostro y las manos horriblemente ensangrentadas, se veía lo que apenas parecía un ser humano.

—¡Charlie! —exclamó Forbes. Miles alzó una mano.

—So... corro...

El joven saltó hacia adelante. Pero llegó tarde.

Las fuerzas de Miles se habían agotado en aquella suprema tentativa de escapar del pozo. Gritó espeluznantemente al darse cuenta de su irremisible suerte. Su boca se abrió en un agudísimo alarido, que se alejó velozmente hacia la profundidad del pozo, mezclado con los horrendos sonidos de la carne golpeada y los huesos rotos en los choques contra las irregulares paredes de la excavación. Hubo un golpe final y luego volvió el silencio.

Cadogan se acercó al pozo con su linterna y vio la cuerda cíe nudos que estaba atada al marco que sujetaba la trampilla. Roger, por su parte, se llevaba a Sally de aquel lugar de horror.

—No cabe duda, señor —dijo Cadogan, dirigiéndose al inspector--. Miles debió de bajar al pozo en más de una ocasión, buscando los diamantes. Robertson se peleó con él y lo arrojó al pozo, pero Miles no murió, seguramente amortiguado el golpe de la primera caída por los cuerpos que ya se hallaban abajo. Ahora, sin embargo, no creo que haya sobrevivido.

El inspector hizo de tripas corazón y se asomó al pozo. Abajo no se observaba ya ningún movimiento.

En aquel momento, Emma bajaba del primer piso, con bata y camisón, y los ojos cargados de sueño.

—Sally, ¿dónde te has metido? ¿Por qué no estás en tu dormitorio? —De pronto vio a varias personas y exclamó—, ¡Atiza! ¿De dónde ha salido tanta gente?

Cuando le explicaron lo sucedido, meneó la cabeza pesarosamente.

—Me lo he perdido todo —se lamentó.

—Creo que has salido ganando, porque no has pasado malos ratos —sonrió Roger—. Y Sally no es la dueña de Padderton Hall.

Emma miró a Sybil.

—Me alegro de conocerte, chica —dijo—. Bien, ahora podrás quedarte en casa, que es la tuya, claro. Nosotras volveremos a Londres.

—Oh, por mí no hay inconveniente en que os quedéis aquí todo el tiempo que os apetezca —contestó Sybil—. Hablando con franqueza, había decidido tomarme unas vacaciones, pero no creo que Padderton Hall sea el lugar más apropiado para ello.

—Tienes que ver al abogado Hyle —dijo Sally—. Con cincuenta mil libras, puedes hacer un bonito viaje alrededor del mundo.

—Quizá emplee ese dinero en montar mi propio espectáculo..., pero aún es prematuro hablar del asunto. No sé, tengo que pensármelo bien... —Sybil sonrió mientras miraba a Sally—. Me alegro sinceramente de haberte vuelto a ver —añadió.

—Yo también —contestó la muchacha.

—Ahora, cada una tenemos nuestra propia personalidad. Aquí, en Padderton Hall, yo era muy retraída cuando estaba sola... El ambiente no me gustaba, mi tía me quería, pero a su manera... lo justo para que no fuese a parar a un sitio al que luego, irremediablemente, tuve que ir. Creo que allí fue donde se desarrolló verdaderamente mi identidad, mi rebeldía... y por eso me escapé antes de cumplir los dieciséis años. Pero ha tenido que pasar mucho tiempo para que me decidiera a volver a un sitio que tan malos recuerdos tenía para mí.

—Las cosas cambiarán a partir de ahora —dijo Emma.

—Sí, indudablemente.

Más tarde, Roger y Sally salieron a la terraza. La noche se les había pasado casi sin sentirlo. En el cielo se veían ya los primeros resplandores rojos de la aurora.

—Nos veremos en Londres, supongo —dijo él.

—Claro —sonrió Sally.

—Ahora te sientes mucho mejor, supongo.

—Desde luego.

—Ya no volverás a tener pesadillas.

—No lo creo, Roger.

Callaron un instante. Al ver las primeras luces del nuevo día, Sally comprendió que el final de la noche había llegado ya para ella.

—Roger...

—¿Sí?

—¿Te importa que yo sea de verdad Sally Vaughan?

—En absoluto. Me alegro muy sinceramente de que sepas ya, y definitivamente, cuál es tu verdadera identidad.

Ya no habría más pesadillas, pensó la muchacha. Todo sería ahora más agradable, más tranquilo...

—Conoces mi dirección, en Londres —dijo.

—Weston Place, veintiséis.

—Tienes buena memoria, Roger.

—La suficiente para recordar adónde debo ir muy pronto con un ramo de rosas. ¿O te gustan más otras flores?

—Me gustan todas, Roger —sonrió la muchacha—. Y me gustarán más las que tú me traigas.

FIN